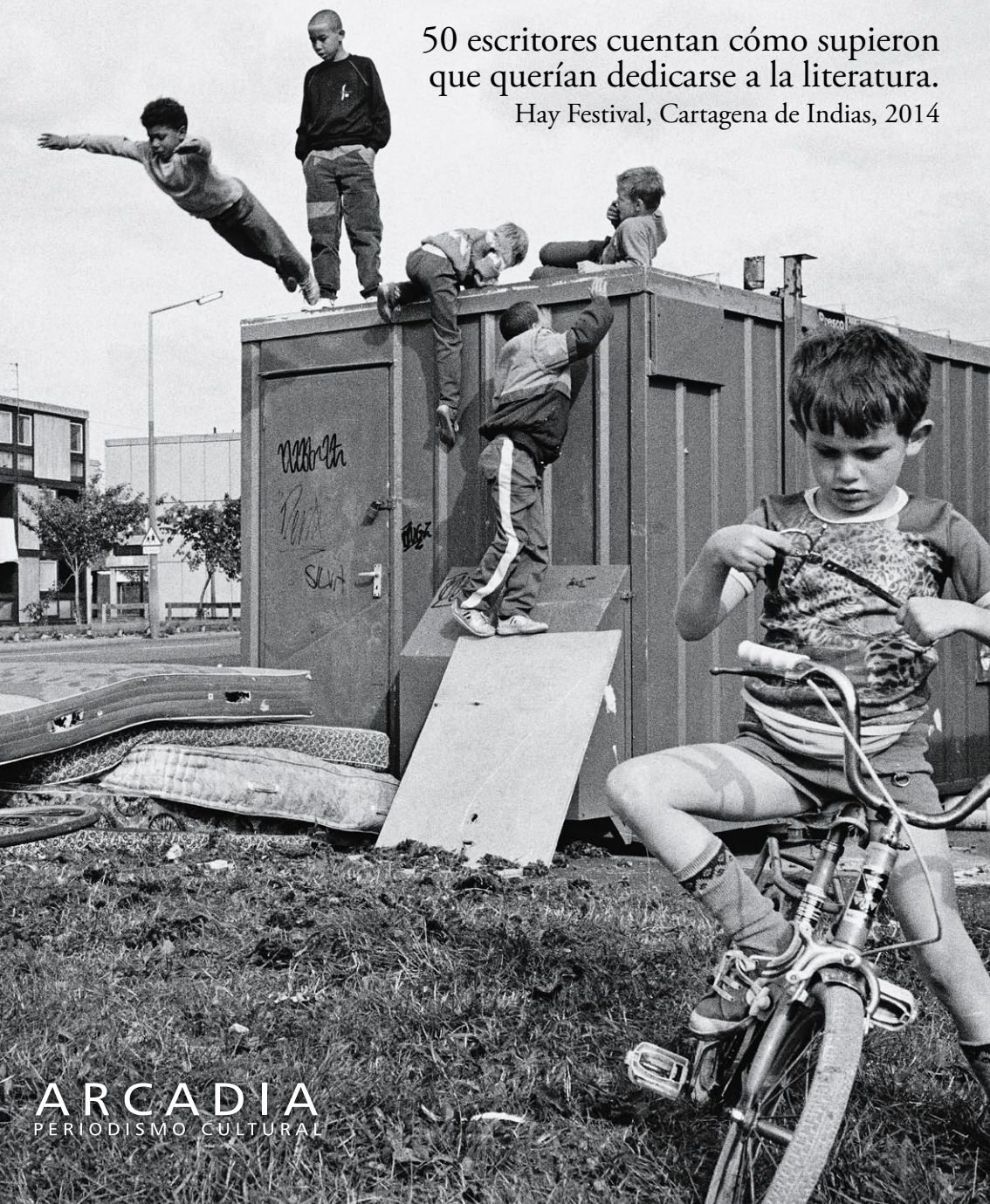
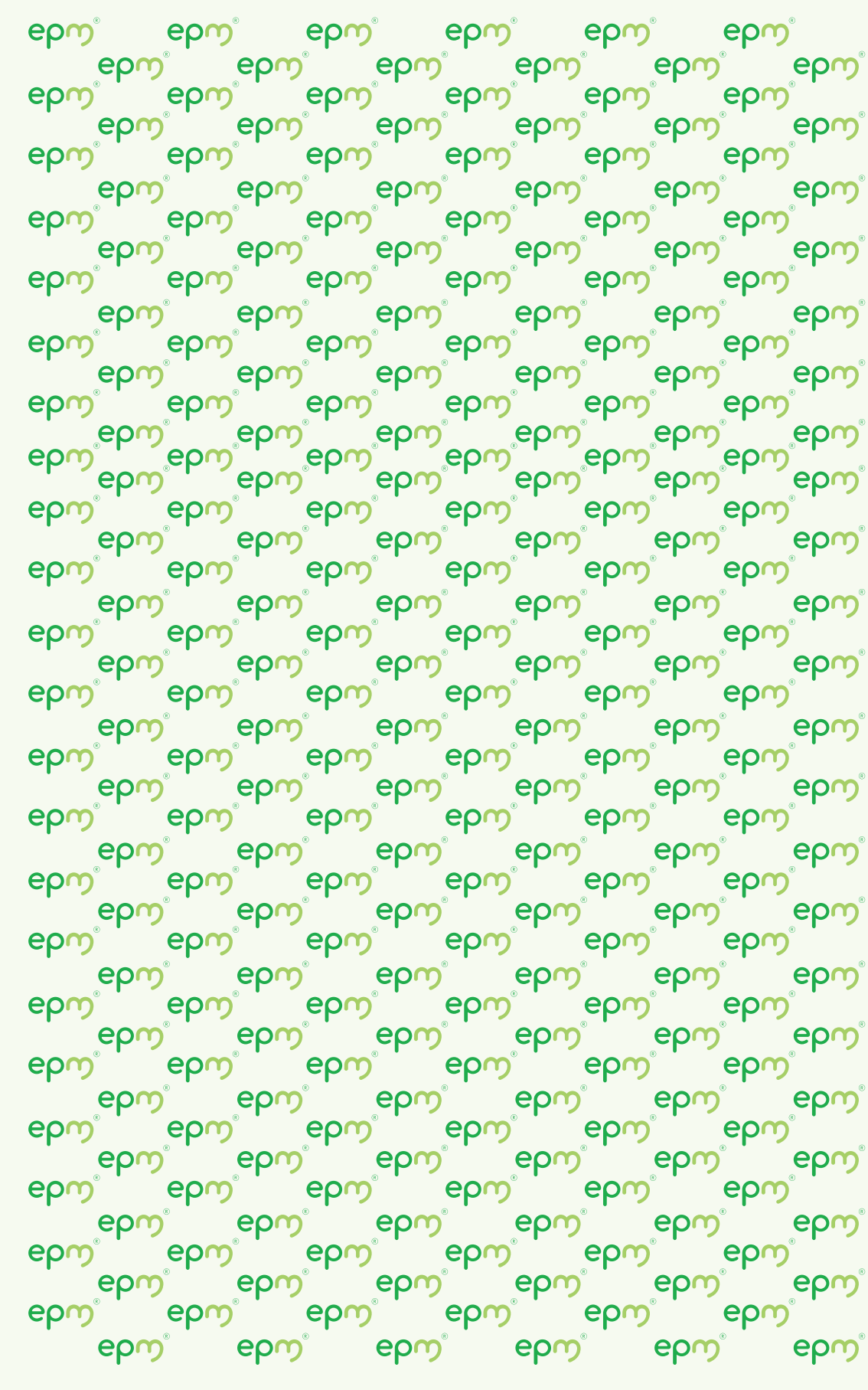


Un solo momento

50 escritores cuentan cómo supieron que querían dedicarse a la literatura.

Hay Festival, Cartagena de Indias, 2014





Un solo momento

50 escritores cuentan cómo supieron
que querían dedicarse a la literatura.

Hay Festival, Cartagena de Indias, 2014

estamos ahí,
porque la cultura
es desarrollo

Revista *Arcadia* agradece a todos los autores que escribieron textos o escogieron un fragmento de su obra para esta publicación. Y así mismo agradece la colaboración del *Hay Festival de Cartagena*.

COORDINACIÓN EDITORIAL:

Maria Paula Laguna Trujillo.

Colaboración de Amaia Serrulla González.

DISEÑO:

Mónica Loaiza Reina.

TRADUCCIONES:

Nicolás Barbosa (Lila Azam Zanganeh, Julian Barnes, Philippe Claudel, Junot Díaz, A.M. Homes, Joyce Carol Oates y Luiz Ruffato); Nathan Jaccard (Jean-Marie Le Clézio) y Felipe Cammaert (António Lobo Antunes).

© *Un solo momento*, Revista Arcadia, Publicaciones Semana.

Calle 93 B N.º 13-47, Bogotá, Colombia.

www.revistaarcadia.com

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su reproducción sin previa autorización.

© Fotografía de portada: Stuart Franklin, Moss Side Estate, Manchester, 1986.

Magnum Photos.

“Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de *un solo momento*: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es”.

“Biografía de Tadeo Isidoro Cruz”
JORGE LUIS BORGES



DANIEL, LA ESCRITURA
Y LA MUERTE

HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

Entre los doce y los quince años yo tuve un gran amigo, Daniel Echavarría. Era, para empezar, el hermano mayor de mi primera noviecita: Elsa. Era también el hermano mayor de quien me enseñó a jugar ajedrez: Alberto. Era además el hermano menor de quien me enseñó a manejar carro como un demente: Juan Diego. Con ellos aprendí a oír música rock; con ellos me emborraché por primera vez; con ellos probé la marihuana. Lo único en lo que no me inicié con ellos fue en el sexo. Y con Daniel me inicié en otra cosa, la más importante: leer y escribir poesía.

Para empezar, nos inventamos un alfabeto secreto, y en él compartíamos nuestros poemas, para que nadie los leyera, para que nadie se burlara. En ese mismo alfabeto (que creíamos indescifrable, siendo un juego de niños) nos contábamos lo que suponíamos que nadie debería leer. En ese alfabeto Daniel, que tenía dos o tres años más que yo, me contaba sus angustias.

Él y yo teníamos un ritual: subírnos al tejado de su casa, con una botella de vino mezclada con jugo de naranja (el vino nos parecía asquerosamente fuerte), a leer poesías y a hacer listas de maneras idóneas para quitarnos la vida. El río, el tren, el salto al vacío desde una ventana del Palacio Nacional, los venenos, la asfixia, lo que pareciera un accidente sin serlo. Desechábamos el tiro en la oreja por considerarlo vulgar. Daniel se moría de risa al leer esas listas.

Una noche Daniel se tomó un frasco de pastillas. Sus padres lo encontraron a tiempo y le hicieron un lavado gástrico. Al día siguiente se fueron con su hermano Juan Diego al hospital, pues lo iban a operar de una rodilla. Daniel cogió la escopeta de su padre y se pegó un tiro detrás de la oreja. Yo empecé a escribir con él, aunque solo poemas. A partir de ahí dejé de escribir poemas durante mucho tiempo: la poesía me parecía simplemente una manera de acercarse al precipicio, un prólogo al suicidio.



GABRIELA ALEMÁN

En Mollina, al sur de España. Estaba ahí con un grupo de gente, toda menor a treinta años, que había publicado algo. En ese entonces escribía como podía trabajar en radio, entrenar o estudiar. No era algo que imaginara hacer por el resto de mi vida. Lo que en realidad hacía todo el tiempo era leer. Y había leído como 392 veces el *Confabulario* de Juan José Arreola. Ni en un sueño delirante pensaba conocerlo, ni siquiera imaginaba que alguien que hubiera escrito ese libro (y los demás) pudiera estar vivo. En mi imaginación estaba esculpido en mármol, dispuesto en algún templo pagano donde lo veneraban los habitantes de un archipiélago perdido. Solo que estaba vivo e iba a pasar una semana con nosotros. Cuando llegó con su capa negra y su sombrero de fieltro me pareció una aparición y no me atreví a hablar con él. Pero escuché todo lo que dijo y un día me tomó del brazo y paseamos por los desérticos caminos de los alrededores, me habló de Gorki, recitó textos en francés que había escuchado de los labios de Sarah Bernhardt en París y luego me metió en una limusina, me llevó al pueblo de Ronda e hizo que abrieran la Plaza de Toros; ahí se quitó la capa y me pidió que oficiara de su contrincante. Me clavó varias banderillas mientras yo trataba de embestirlo. Cuando se fue, dejé de ir a los paseos planeados y me encerré a escribir. Arreola hizo que el aire cambiara, que un leve temblor me invadiera cada vez que imaginaba cómo se podía contar algo y que el suelo ascendiera tres centímetros cuando me sentaba a escribir. Cuando me fui de Mollina tenía la mitad de los cuentos del primer libro que publiqué.



CÓMO ME VOLVÍ
ESCRITORA

LILA AZAM
ZANGANEH

Nunca pensé que me volvería escritora. Nunca leí debajo de las cobijas, nunca escribí diarios bajo las mesas del colegio o en el ático de la casa. Nunca tuve un ático. De hecho, no tuve computador (ni siquiera máquina de escribir) hasta mis veintiuno. Cuando me preguntaban lo que quería hacer cuando creciera, a menudo respondía: astrofísica, porque sonaba como a disparar entre las estrellas. En realidad, pensaba: James Bond. La verdad es que yo era una soñadora. Si tuviera que adivinar, diría que todo comenzó soñando despierta. Leía una oración o veía una película diez o doce veces, y luego me entristecía que las imágenes y los colores y los personajes desaparecieran de golpe como un telescopio que se cierra con un chasquido, así que continuaba dándoles vida en mi cabeza.

Cuando iba a caminar entre las montañas o por un museo, en realidad, estaba ahí solo a medias. La mayoría del tiempo, simplemente no estaba allí. La noche no era suficiente; el momento antes de quedarme dormida tampoco lo era. Debía soñar durante el día. Y cualquiera que interrumpiera ese flujo perturbaba la actividad más placentera y, en efecto, la más sensual de todas.

Comencé a escribir cuando me enamoré del niño equivocado. Estaba mal, él era muy articulado e irracionalmente guapo. Hablaba sin parar durante días enteros. Yo estaba tan intoxicada por sus oraciones que las escribía para conservar trozos y pedazos de él cuando se fuera. Escribí cientos de páginas que parecían fragmentos delirantes de amor (casi nunca incluía mis propias reacciones en estos cuadernos). Me hacían sentir como si estuviera guardando su amor en viales maravillosos y botellas mágicas. Guardé los viales y no me siento inclinada a abrirlos, aún. Así que nunca escribí sobre él ni lo que él dijo en esos meses. Sin embargo, un día me dijo: “Tú sueñas despierta, como un escritor”. Y fue de esa comparación que nació mi primer libro.



JULIAN BARNES

Tenía diez u once, creo, y estaba sentado con mi madre en la parte superior de un bus rojo de dos pisos en Londres. No recuerdo el tema de la conversación, pero sin duda yo había estado haciendo asociaciones libres así como lo hacen los niños, persiguiendo una idea tras otra, una palabra tras otra. Luego mi madre me dijo: “Tienes bastante imaginación”. No lo dijo como un regaño adusto, sino como un comentario dulce, incluso divertido. Sin embargo, entendí que la “imaginación”, aunque no era necesariamente mala, sí era algo irrelevante: era irrelevante en el proceso de convertirse en adulto, de madurar, de labrarse un camino propio en el mundo y ganarse la vida.

Así que mi recuerdo más significativo no es el de un momento estimulante, revelador, en el que hubiera visto el camino potencial a seguir y hubiera abierto los ojos; en cambio, fue desalentador, pues el consejo que recibí fue el de mantener los ojos cerrados. Sin embargo, creo que los escritores se forjan de distintas maneras. Algunos cuentan con ese maestro inspiracional o con el tío amable que los deja sueltos en la biblioteca, o algo por el estilo. Bueno, por supuesto que había libros en mi casa (mis dos padres eran profesores de colegio), pero su presencia siempre pareció insinuar que eran otros, y no personas como nosotros, quienes escribían libros. Mi madre había publicado una vez una carta en un periódico vespertino, y su padre había publicado una vez un manual sobre carpintería. Esa era mi herencia literaria. Pero, de nuevo, eso era lo normal, lo usual.

Convertirme en escritor fue un proceso complejo constituido por varios elementos. Uno de ellos, estoy bastante seguro, fue una rebelión inconsciente contra mi madre. ¿Crees que la imaginación está sobrevalorada? Entonces te mostraré que no lo está. Te demostraré que la asociación libre de la niñez desemboca en las asociaciones controladas, estructuradas y artísticas de la ficción. Lo verás, y luego aceptarás que no estabas en lo cierto. Estas actitudes hostiles nunca fueron articuladas (éramos “muy británicos” en ese sentido), y mi madre nunca admitió que estaba equivocada. No me cabe duda de que, al publicar mi primera novela, ella ya había olvidado por completo el incidente del bus. Pero —de cierto modo— le agradezco aquella disuasión.



PALABRAS EN EL AIRE

ALBERTO BARRERA TYSZKA

Tengo once años y es sábado. En el patio de la casa, mi padre nos lee en voz alta unos poemas de Aquiles Nazoa y de Andrés Bello. Yo veo las palabras en el aire y asisto a uno de los grandes descubrimientos de mi vida. Sentir que las palabras tienen cuerpo, danzan, producen música; se mueven de otra manera, sirven para otra cosa distinta a la conversación.



PIEDAD BONNETT

Muchas cosas incidieron en mi vocación de escritora: mis lecturas infantiles, sobre todo, que me llevaron a creer durante años que en algún lugar existían las hadas y los gnomos de los cuentos de Andersen y Perrault. Pero recuerdo mucho una experiencia muy sencilla que creo que me decidió a dedicarme al oficio. Tendría yo unos quince años cuando me encerré en la biblioteca de la casa de mis papás a leer *Crimen y castigo*. Yo estaba sola, llovía mucho ese día en Bogotá, y con el ruido de la lluvia afuera yo me hundí en la novela, literalmente transportada a otro siglo, otra ciudad, otra cultura, experimentando un placer inmenso mientras leía. En algún momento alcé los ojos del libro y los clavé en la calle, que veía a través de un ventanal, pero en la que no reparaba hacía mucho rato. Había dejado de llover, el pavimento estaba aún empapado, y una luz plateada, misteriosísima, lo invadía todo. Fue una pequeña epifanía: me dije que la de esa tarde era una forma muy honda de felicidad, y que quería pasar el resto de mi vida leyendo, y tratando de escribir relatos que causaran en otros tantas emociones como las que aquella tarde me había dado Dostoievski. Dos años después entré a estudiar Literatura.



FRACASA MEJOR (EL ESCRITOR
URUGUAYO Y LA TRADICIÓN)

JUAN CÁRDENAS

IA pesar de mi creciente antipatía hacia los filósofos franceses, voy a citar a Blanchot: “Sabemos cuándo la amistad acaba (incluso si aún •perdura), por un desacuerdo que un fenomenólogo llamaría existencial, un drama, un acto desafortunado. Pero ¿sabemos cuándo comienza? No hay flechazo de la amistad, sino más bien un hacerse paso a paso, una lenta labor del tiempo. Éramos amigos y no lo sabíamos”.

2. Algo similar me ocurre a mí con la escritura. No hubo flechazo inicial. Fue una lenta labor, una relación que se fue moldeando poco a poco. Y sin embargo, como ocurre en esos cuentos de compadritos de Borges, donde los hombres ven platear su destino entero en un lance de la otra navaja, hubo episodios decisivos que de algún modo podrían resumirlo todo.

3. De noche, tardísimo y con la luz apagada, mi abuela Paulina relatando recuerdos atroces, involuntariamente hermosos. La voz se abría paso en la oscuridad con una claridad argentina. Y mi insomnio se llenaba de imágenes. Ella se quedaba dormida, roncaba como una morsa y sus ronquidos eran para mí como una continuación del relato. A la noche le iban saliendo otros mil ruidos. El caos iba cobrando forma.

4. Beckett decía que las palabras eran como esquirlas innecesarias que se clavan en el silencio y en la nada. Pero, claro, Beckett era un expatriado irlandés que vivía en Francia y por tanto creía en el silencio y en la nada (es la condición que ponen en Francia para obtener la nacionalidad). Los expatriados colombianos vivimos en cualquier parte, hasta en Colombia, y no creemos en esas pendejadas. No hay nada parecido a la nada, ni al silencio. Todo es ruido. Todo hace ruido. Somos ruido. Las palabras son esquirlas innecesarias que se clavan en un altar barroco hecho de otras esquirlas innecesarias.

5. La lectura nocturna de *Molloy*, de Beckett, durante unas vacaciones en una casa perdida en plena sierra de Gredos. Era invierno. El fuego estaba encendido. Había una ventana entreabierta por la que se colaba el viento en ráfagas que parecían pronunciar nombres, palabras a punto de hacer sentido que derivaban en el recuerdo de un rostro, de unas manos muertas.

6. La lectura diurna de los escritos de John Cage, sentado frente a la barra del desaparecido bar Los Hermanos, en la calle Arganzuela (Madrid),

rodeado de viejas eminencias del fútbol, aceitunas reutilizadas, al pie de una tele en la que siempre había vídeos de conciertos clásicos de Iron Maiden y Pantera.

7. A John Cage le gustaba repetir la siguiente anécdota: “Al entrar en la cámara anecoica de la Universidad de Harvard, no esperaba escuchar ningún sonido en absoluto, pues el cuarto estaba diseñado para ser lo más silencioso posible. Pero en ese cuarto escuché dos sonidos. Y me sorprendió tanto que fui a hablar con el ingeniero que estaba a cargo. Le dije: algo no va bien, hay dos sonidos en esa cámara. Y él dijo: describámelos y eso hice, uno era agudo y el otro grave. Él me explicó que el agudo era mi sistema nervioso y el grave, la circulación de mi sangre. Entonces me di cuenta de que uno hace música involuntariamente todo el tiempo”.

8. Un escritor solo se vuelve escritor cuando se da cuenta de que puede admitir una alta dosis de fracaso. Fracasa mejor, decía Beckett. Y yo no entendía del todo la frase hasta una noche en la que volvía muy borracho a mi casa por la Plaza de Lavapiés. Tenía veintidós años y escribía libros de cuentos que las editoriales me rechazaban sin piedad. Ese día, siguiendo una vieja tradición familiar, había decidido darle rienda suelta a mi autocompasión, como los personajes masculinos de los tangos. Como mi padre, como mi abuelo, como mi bisabuelo, personajes sacados de una canción del “Polaco” Goyeneche. Estaba tan borracho que tuve que sentarme en una banca de la plaza a mascullar mi ruina con los dientes apretados. En la banca de al lado, había un grupo de muchachos que cantaban y tocaban la guitarra y se cagaban de risa de todo con una despreocupación y una ligereza tal que me resultó irritante. Me levanté y casi dando tumbos me acerqué al grupo para insultarlos. Váyanse a cantar sus güevonadas a otra parte, les dije. Ellos trataron de ignorarme, pero suelo ser un borracho persistente. Jipis de mierda, putos jipis de mierda, les dije. Dos de los muchachos se levantaron de la banca. Me empujaron varias veces y me devolvieron los insultos multiplicados en el sonoro repertorio del Río de la Plata: andate a la puta que te parió, pelotudo de mierda, turrito, ¿eh?, turrito. Sentí un bofetón seco en un lado del rostro. Otro bofetón. Otro. Otro. Y lo único que pude hacer mientras caía fue gritar desesperadamente: ¡malparidos argentinos! Di de culos contra el suelo. Me acurruqué pensando que iban a seguir golpeándome, pero entonces ocurrió algo extraordinario. Uno de los muchachos me ayudó a levantarme, incluso me enderezó la camisa que se me había medio desjarretado y agarrándome por ambos hombros con sus manazas me dijo: che, andate a tu casa y arreglá tu vida. Y cuando ya me iba a soltar añadió: ah, y no somos argentinos, somos uruguayos.

9. Me fui a mi casa pensando: nunca más, no vuelvo a lamentarme porque no me publican las mierdas que escribo. Esto es lo que he elegido hacer. Después de todo, yo y mis textos somos innecesarias, prescindibles vocecitas de muertos en medio del rugido oceánico del mundo. Basta de tangos. Y recordé a ese locutor que transmitía los partidos de fútbol en la cadena Todelar: ya no hay tiempo de llorar, decía, cuando el partido agonizaba y la suerte de todos ya estaba echada. A partir de ahora voy a fracasar mejor, pensé, cada vez mejor.

10. “No somos argentinos, somos uruguayos”, me había dicho el muchacho. Y de camino a mi casa, como bajo el efecto revelador de la paliza, me puse a imaginar cómo sería Uruguay, un país en el que nunca he estado. Un país chiquito, el paisito, como le dicen, la tierra de don Obdulio Varela, campeón del mundo en Brasil 50, un tipo que en lugar de salir a celebrar con sus compañeros se fue por las calles de Río de Janeiro a consolar a los perdedores.

Y de pronto, por ese mismo camino quebrado y ondulante de los razosnamientos alcohólicos, se me vino a la cabeza un recuerdo: un muchachito de quince años, asombrado, al borde de la silla, lee “El acomodador”, de Felisberto Hernández, en una sala de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Y en el recuerdo de esa experiencia de lectura se asoma algo parecido a una voluntad, a una fe, a un corazón de plata fundida, que es lo que parece alentar siempre a los jugadores de la selección uruguaya de fútbol.

11. “El acomodador” narra la historia de un jovencito gris que desempeña ese oficio en un cine de barrio, en una ciudad que podría ser Buenos Aires o Montevideo, no se sabe bien. Su vida es mediocre, banal, aunque el relato logra que esa banalidad se nos muestre recorrida por la suave electricidad de un misterio. Una noche, a solas en su pieza, el joven descubre que sus ojos emiten una luz roja que incluso le permite leer a oscuras. Ese don le confiere al joven el poder de subyugar a algunas personas, entre ellas, el mayordomo de una mansión en la que se ofrecen banquetes gratuitos semanales para gente pobre y a los que él asiste regularmente. Atemorizando al mayordomo, el joven consigue que este le permita acceder a una sala alargada en la que hay unas inmensas vitrinas repletas de objetos valiosos. El joven no quiere robar, solo desear acariciar esos objetos con sus lucecitas rojas, cosa que le proporciona un placer inefable.

12. De alguna manera, nunca volví a salir de ese cuento. Me quedé allí, mejor dicho, aquí adentro, acariciando todos sus elementos con mis pequeños rayos rojos, repasando una y otra vez la alquimia humilde de su lenguaje calculadamente chueco. Eso sí que fue un flechazo. Era un escritor uruguayo y no lo sabía.



HORACIO CASTELLANOS MOYA

• Cómo supe que lo mío era la escritura, que sería escritor?

Fue como un lamparazo, cuando descubrí que era sordo en términos musicales, que no tenía talento para componer música, que no podía convertir mis pensamientos y emociones en melodías, sino que me dedicaría a interpretar la música de otros. Yo tenía diecisiete años y estudiaba la guitarra de forma obsesiva y también escribía letras para canciones. Entonces, en ese momento, bajo el shock del descubrimiento de mi sordera musical, decidí vender la guitarra y con ese dinero me compré una vieja máquina de escribir marca Royal. Así comenzó todo. Me dediqué a escribir poemas compulsivamente durante dos años (quemé la mayoría de esos versos, por suerte, en una tina de metal antes de salir de El Salvador en 1979) y pronto, al descubrir que tampoco la poesía era lo mío, estuve enredado en el primer cuento, y luego en el siguiente. Y de ahí para acá.



PHILIPPE CLAUDEL

Cuando tenía nueve años, un profesor que admiraba mucho nos pidió que escribiéramos un poema breve cada mañana y lo lleváramos al colegio. Lo que para la mayoría de la clase fue una tortura, para mí fue una revelación. Alguien me había autorizado a escribir. Alguien me había pedido que escribiera. Desde entonces, nunca he dejado de hacerlo.



J. M. COETZEE

Una tarde de domingo del verano de 1955, cuando yo tenía quince años, mientras paseaba por el jardín trasero de mi casa en los suburbios de Ciudad del Cabo, pensando en las musarañas y preguntándome qué hacer con el aburrimiento, que era el principal problema de mi existencia en aquellos días, oí música en la casa de al lado. Mientras duró la música, me quedé helado, sin atreverme ni a respirar. La música me hablaba como nunca antes me había hablado.

Fragmento tomado del ensayo “¿Qué es un clásico?” del libro *Costas lejanas*, escogido por el autor para esta publicación.



JUAN ESTEBAN CONSTAÍN

Supue que iba a ser escritor —entonces no sabía que lo estaba sabiendo, claro que no; esas cosas solo las descubrimos con el tiempo— hace muchos años, cuando era niño. Pero puedo recordar con exactitud incluso el día y el lugar en que supe, aunque no me diera cuenta de ello, que yo le creía más a la ficción que a la realidad, y que las palabras y los libros me parecían mejores, mucho mejores, que la vida. Fue en una casa en La Calleja, en Bogotá, en 1989. En mi clase de teatro con Asita Madariaga de Mallarino, sobrina de don Salvador y una actriz tan grande que cuando niña había sido la niña del grupo de teatro de García Lorca. Yo iba todos los miércoles por las tardes a oírla, a disfrutar de sus anécdotas y sus historias y su humor. Leíamos obras de teatro españolas, sobre todo las de un autor al que desde esa época adoro, porque además es maravilloso: Alejandro Casona. *Los árboles mueren de pie*, *Prohibido suicidarse en primavera*, *La barca sin pescador*. Y una vez Asita me leyó un libro que me tuvo en vilo durante horas, sin parpadear, sin querer salir ni siquiera al recreo, lo que para mí era un milagro. Eran las cartas de un par de amigos a los que la guerra había separado, encuadernadas de tal manera, como un libro de verdad, que yo pensé que era una obra maestra de la literatura universal. Alguna, no sabía yo cuál; nunca sabe uno lo que sabe o no, a veces ni siquiera con el tiempo. Pero lo que Asita me leyó ese día fue una novela de principio a fin, magistral. Y solo al cerrar el libro, después de terminarlo, me lo dio para que lo viera: eran las cartas que ella misma se había cruzado durante años con Casona, y que ambos habían decidido copiar y recopilar y guardar para los dos, como si fuera, porque lo era, el libro de su vida.

Ese día supe que yo quería eso, lo que quiera que fuera. Pero eso. Además porque en mi casa todos eran bohemios y artistas, al punto de que haber escogido una carrera práctica, como la medicina o la economía, me habría traído muchos problemas familiares. Estoy seguro de que mi abuela me habría desheredado. Por suerte no hice más que leer y leer y leer, desde entonces, y esa es la razón por la que me hice escritor, creo, o más bien un aprendiz, un coleccionista de asombros: porque solo así puedo creerle a la realidad, y porque siempre sé que la ficción es lo único cierto que tenemos. Lo decía Chesterton: la realidad es un lujo, la ficción es una necesidad.

Por eso y para eso escribo: para seguir mereciendo, todos los días, el libro de Asita de Mallarino.



ALONSO CUETO

Si hay algún hecho que definió mi vida como escritor fue sin duda la muerte de mi padre cuando yo tenía catorce años. A esa edad, un padre es un mediador con la realidad, un intermediario con lo que llega desde el mundo de afuera. El hecho de perder ese intermediario abrió una brecha en mi percepción de las cosas que resquebrajó la armonía y la firmeza de la que yo hasta entonces pensaba estaba hecho el mundo. Durante las semanas y meses siguientes a su muerte empecé a leer con un furor encarnizado todo lo que tuviera a la mano. La poesía de Vallejo, que ya conocía, se me apareció entonces como una fuente de revelación de la identidad. La sensación de orfandad, de soledad, de abandono que despedían esos versos fue un bálsamo. Me fascinaba la idea de Vallejo según la cual el mundo es un “dado roído y ya redondo a fuerza de rodar a la ventura”. Sus versos dislocados, implosivos, que expresan como pocos la incoherencia esencial de nuestras percepciones. Me sentía mucho más acompañado por las frases de Vallejo que por las que me decían mis parientes o amigos. Desde entonces creo que la literatura es la fórmula más cercana en el combate eterno contra el ángel del tiempo. Y lo sigo creyendo.

Creo que por eso escribir es un acto desconectado del sistema, de las instituciones. Es un hecho solitario que debe hacerse siempre en los márgenes y a favor de ellos. Un escritor debe proteger siempre sus tesoros, que son muy contados: el dolor, la soledad, el silencio. No puede aspirar a otra cosa, pues solo en ellos y desde ellos puede seguir librando ese combate.



SERGIO DE LA PAVA

Aquí quiero agarrar la oportunidad de rechazar todo lo implicado por la pregunta instantánea. Todo lo que me ofrece, y todo lo que busca decirme que soy importante y que por esa razón lo que me ha pasado también tiene importancia. Es una manera de ver la vida como si fuera una película que cambia dependiendo del espectador particular, pero la película que solo atrae a uno o una no tiene mérito.

Una persona no es producto de todo lo que le ha pasado o de lo que le sigue pasando. Lo que importa, lo que significa y dura, son sus acciones, y una mentalidad que reduce toda acción a una forma de reacción es muerte para el artista.

Si me lo exigen, puedo decir que sentí mi cuna como una cárcel, sin carcelero pero también sin visitante. Que cuando hablaban inglés en la escuela no entendía las palabras pero simultáneamente disfrutaba la distancia que prevenía el procesamiento de datos que tampoco parecían tan urgentes. Que esa distancia permaneció aunque invisible. Que Colombia entró en mi visión y no quiso desaparecer, sino que se convirtió en un sueño, y la distinción entre sueño y realidad se debilitó. Que gente (grande/pequeña; joven/vieja; feliz/triste; integral/desconocida) apareció y desapareció y en ningún momento se pudo aplicar una gran lógica a la cosa. De búsquedas en Manizales por fantasmas. Pero son experiencias, no timones.

Así que el destino, como un organismo mágico que nos guía fuera de la confusión, simplemente no existe. No hay ni un solo momento. Nadie sabe *para siempre* quién es porque quien eres se determina de nuevo cada momento que pasa. Soy escritor porque escribo, nada más y nada menos. Si esa escritura llega a ojos ajenos, bien. Si no, mejor.



JUNOT DÍAZ

Fue mi primera biblioteca. Tenía seis años y había acabado de inmigrar a Estados Unidos, y la bibliotecaria del colegio me estaba buscando porque quería informarme sobre mis derechos y privilegios para alquilar libros como estudiante. La bibliotecaria no hablaba ni una palabra de español y yo no hablaba ni una palabra de inglés, pero a ella no le importó: insistió hasta que yo logré entender. No todos los adultos harían eso: todos mis demás profesores me relegaron a un rincón y me ignoraron mientras le daban clase al resto de sus estudiantes. Nunca antes había visto una biblioteca, con esos densos estantes de madera oscura, llenos de libros. Algo de la generosidad y paciencia de la bibliotecaria se mezcló con la excepcionalidad austera de los libros hasta despertar en mí un fuerte sentido de pertenencia. Ese día me permitieron sacar dos libros, y recuerdo que, tras escogerlos con prisa, me aferré a ellos con desespero durante todo el camino a casa. Ya en el apartamento, los abrí con cautela y ojeé las páginas sin entender nada. Al día siguiente saqué otros dos libros, los cuales tenían ilustraciones preciosas. La bibliotecaria siguió dándome más, a pesar de que no teníamos palabras reales para intercambiar.

Y así fue como todo empezó. Al menos así es como me gusta contármelo a mí mismo.



ÁLVARO ENRIGUE

Ser escritor es una vocación. Está ahí desde siempre y siempre quise dedicarme a escribir, desde niño. Lo que hay es un momento en que piensas que a lo mejor si lo intentas algo cuela y terminas haciendo lo que querías. Eso me pasó a los veinte años. Decidí intentarlo y tuve buena suerte: mandé un artículo a un periódico —*El Nacional*, ya no existe— y el editor de la sección de Cultura me llamó para decirme que lo fuera a ver. Me ofreció una columna semanal. Lo había intentado en mil medios más y en ninguno me pelaron, pero ahí se abrió una puerta. Un poco más adelante, un amigo que trabajaba en la redacción de *Vuelta* me dijo que si quería mandar un artículo a la revista, que estaban buscando escritores jóvenes —yo era un chamaco. Mandé una reseña que nunca jamás pensé que publicarían—. ¡Era la revista de Octavio Paz! Al poco me llamó Aurelio Asiain para decirme que les había gustado, que la iba a publicar. Ahí fue realmente donde cambió todo, lo demás ha sido pura obstinación, disciplina, entrañas de acero. Ser el primero que abre la tienda y el último que la cierra. Insistir.



JONATHAN FRANZEN

Recordé que de chico había pasado largas horas de sábados extrayendo clavos oxidados de los montones de tablas que mi padre había arrancado en el sótano. Recordé que los había enderezado a martillazos sobre la superficie de hierro que mi padre se había agenciado a manera de yunque, y que después observé cómo él volvía a utilizar los clavos para construirse un taller y volver a enmaderar el sótano. Recordé mi adoración adolescente por mi hermano mayor Tom, que durante una temporada de los años setenta fue un cineasta de vanguardia en Chicago, y que rehabilitó un apartamento en Pilsen con herramientas y materiales en gran parte gorroneados del mercado ahora difunto de Maxwell Street. Tom tenía dos viejos Karmann Ghia, uno malo, amarillo, que le había pasado nuestro otro hermano, Bob, que había terminado Medicina y se había comprado un Alfa Romeo, y otro aún peor, de un color azul claro, que le costó a Tom 150 dólares. Canibalizaba por turnos a cada uno para alimentar al otro; le ocupaban mucho tiempo. Yo iba con él el día en que el amarillo largó una biela y expiró, y también el día en que el capó del azul se abrió en la autopista Dan Ryan, bloqueó el parabrisas y por poco nos estrellamos. [...] Recuerdo claramente que no deseaba estar en otro sitio del mundo que junto a mi hermano Tom en el área de servicio, sembrada de silenciadores y tubos de escape mientras, con los dedos tiesos por culpa del invierno de Chicago, ataba con un alambre el capó del Ghia.

La escritura imaginativa es esencialmente una actividad de aficionados. Es la persona solitaria que escarba en el montón de basura, no el equipo cualificado que arma un espectáculo, y los norteamericanos tenemos la suerte de vivir en el más prodigioso mundo de cachivaches. [...] En Nueva York los contenedores prácticamente me invitan a liberarlos de sus útiles ladrillos y trastos. La gente de la calle comparte conmigo esa tradición de vertederos en las aceras a medianoche, a la luz de las farolas. De madrugada extienden sus hallazgos sobre edredones manchados, en el chaflán de Lexington con la calle 86, y truecan despertadores dudosos por pomos de puertas de cristal mellados. El uso y el abandono son el estrato permeable por donde se filtran los objetos de consumo, al desprenderse de su mácula de producción de masa y transformarse en individuos con historia.

De *Cómo estar solo*, Seix Barral, 2003.



CONTAR CUENTOS

ALBERTO FUGUET



Me gusta esta foto. Esta foto es veraniega, me evoca mil veranos, aunque claro, no he tenido mil veranos y no los tendré y ya no me interesan tanto los veranos, quizás no los disfruto, hace demasiado calor, la luz del mediodía es horrible, no soy o ya no fui un tipo playero, un tipo que amanece tumbado, raja, pegoteado en una playa de río. Además, no soy de los que veranea o necesariamente huye del verano capitalino para ir, no sé, a disfrutar del mar y “la movida” de Punta del Este o Viña del Mar o La Serena para que me miren y mirar, hacer del día noche o de la noche día y bailar o tomar hasta las cinco de la mañana o aislarse en enclaves cuicos, chetas, fresas, donde los ricos de los países pobres se aíslan, sean del lado político que sean, porque al final, los ricos son distintos y se conocen entre ellos y se broncean del mismo modo: con cremas importadas y resbalosas de aloe.

Lo que más me gusta del verano, del verano chileno, sobre todo del santiaguino, es que pasadas las nueve de la noche, el calor que te mataba

baja. Disminuye, se escapa, se retira. Refresca. Me gusta el ruido de la gente regando en mi barrio de noche. Me gusta eso de tener que salir preparado porque, por mucho que hagan 33 o 34 y hasta 35 grados, sabes que al final, tipo 2 a. m., harán menos de 15 y sentirás frío y nunca estarás transpirando bajo la luz de la luna.

Esta foto no es santiaguina, no es chilena, y sin embargo es parte de mi memoria vital, de lo que asocio al verano, y tiene algo que ver con eso que llaman el paraíso perdido. Si una foto puede contar muchas cosas, esta foto las cuenta y, con el tiempo, ha ido aumentando su historia. Yo me crié en Estados Unidos, en California, para más remate, donde, según Albert Hammond, nunca llueve al sur de ese estado, lo cual no es necesariamente cierto pero tiene algo de verdad: llueve poco y el clima, por lo general, es glorioso, una primavera eterna más un verano desértico, duro y seco. Esta foto la tomó mi padre, que siempre ha tenido su lado artista, y donde más lo ha desarrollado es en la fotografía. Creo que si bien mi lado cinéfilo no viene por su lado (¿de dónde viene?), sí quizás la idea de la luz y del encuadre. A mí, al final, lo que más me importa del cine, más allá de ser capaz de captar lo que piensa un actor, es la luz y el encuadre.

Esta foto fue tomada probablemente en la playa de Zuma, en Los Ángeles, cerca de Malibú (¿o fue durante un paseo a Santa Bárbara?). Debe ser de fines de los 60 y comienzos de los 70. ¿Quizás sea del 67, en pleno verano del amor? Pero no, no puede ser, debe ser de 1969, porque mi hermana es del 66 y en el año 67 estaría muy pequeña. Nada. Es de por ahí. Esta foto me gusta mucho. Tiene onda, tiene inocencia, tiene felicidad y es una prueba de que, durante una época, durante un verano, fuimos chicos y felices y no nos dábamos cuenta de nada. Me gusta cómo me veo (soy el del medio, el guapo, sin anteojos aún) y me gusta cómo estoy contándole algo a mi hermana (el futuro escritor inventando una historia) y me gusta el gesto de mi mano, que tiene algo de director de cine y me gusta la expresión de mi hermana, con su bikini hawaiano tipo Jodie Foster en los avisos de Coppertone que, por ese entonces, estaban en todas partes (un perrito le baja la parte de atrás del bikini a una chica y vemos que ella está bronceada puesto que su potito está blanco como la nieve). De hecho, si se fijan, a Michelle la parte de abajo se le cae algo y se le nota que, en efecto, todo ese verano, ese verano pre rayos ultravioleta, lo pasó en la playa o en las piscinas, de cemento o infladas, de Encino.

Al otro costado, al lado izquierdo, hay un chico que debe tener una edad intermedia entre mi hermana y yo. El chico no era amigo-amigo,

pero tampoco era un extra que justo estaba ahí. Este chico se llama —o llamaba— Esteban y era el único hijo de una pareja de chilenos (¿o es que ella era uruguaya y el marido era chileno?, ¿o era al revés?) que eran vecinos. O relativamente vecinos. O uno de los pocos latinos del barrio. También vivían en el valle: en el San Fernando Valley de California. Aquí me pierdo y quizás inventé o distorsioné, pero esto no es un reportaje ni una biografía, tampoco un cuento, no tengo claro qué es, pero me gusta volver, precisa o no tan precisamente, a esos años, a esa *California Dreaming*, donde resuena tanta gente que puebla mi disco duro.

A veces las fotos reaparecen, como cuando me puse a escanear algunas (fíjense en el *look* Kodak desteñido, casi polaroid, no tan distinto del stock que usaron los grandes fotógrafos del cine americano de los 70; todo real, nada de filtros instagram), y esta foto claramente quedó entre las favoritas de la familia y creo que todos la tenemos entre nuestras favoritas. Pero siempre —siempre— surge el tema de Esteban. ¿Qué fue de Esteban? o, yéndonos al principio, ¿quién era Esteban? ¿Cuál era el apellido? ¿Ossandón? ¿Rivadeneira? Cuando uno abandona un lugar, lo deja, el sitio que queda atrás se vuelve algo mítico, un sitio al cual es imposible volver porque al pasado no se vuelve, a lo más se visita. Entonces se cuentan cosas de Esteban. Que la familia de Esteban se separó (como la mía). Que la madre, famosa por nunca lavarse los anteojos, por tener sus gafas con una gruesa pátina de cebo, se volvió a Santiago después del golpe (¿o se volvió a Montevideo?) y dejó a Esteban allá. Se enamoró de un ecuatoriano que manejaba limusinas y conocía a Ali MacGraw. O quizás no es así. Quizás retornó después, se quedó en USA durante todos los setenta, después que nosotros regresamos. Mi madre hasta el día de hoy sostiene que nos salvamos al volver, por no crecer como gringos, por ser chilenos de tomo y lomo. ¿Quién sabe? ¿Uno se salva en cualquier idioma? ¿Es el país o la familia o el contexto o es que la semilla de la autodestrucción viene adentro?

Miren a Esteban. Fíjense. ¿Tiene algo raro? ¿Distinto? Trato y trato y no capto. Me gustan sus dientes. Siempre recordé esta foto pensando que a este Esteban, de quien nunca alcancé a ser amigo, que pronto desapareció de nuestras vidas, le faltaban dientes. Pero ese año era muy chico. Quizás ese verano pasamos mucho tiempo en casa de Esteban. La excéntrica madre nos daba leche con plátano, en calurosos y fétidos vasos de plástico de colores que habían estado mucho tiempo al sol y esta familia (¿había otro hermano o hermana?) tenía una cosa insólita en el patio que se llamaba Slip 'n Slide, que no era más que una larga tira de nylon que se mojaba. Por un costado, se colocaba la manguera y cada tanto, a través de unos

hoyitos, salía agua. Así todo quedaba en extremo resbaloso y uno corría, se lanzaba sobre el nylon color rojo y terminaba deslizándose como si fuera en un tobogán.

Cuando uno se instala en otro país, eventualmente llega gente del lugar de origen. Y parte del rito es ponerse al día. Y, de a poco, fuimos sabiendo que Esteban se perdió. Desapareció. Para luego volver años después. O lo encontraron, no sé. Parece que Esteban era gay, lo que molestó bastante a su familia. Algo así. Quizás no se perdió, quizás lo perdieron. Lo sacaron de sus vidas, lo aislaron. No lo tengo claro, no sé nada de verdad, aquí la memoria no falla porque no hay memoria, no es mi vida, no es mi memoria, es la vida, es lo que le pasó al chico que está a la izquierda de esta foto que nos gusta tanto. Y cuando la gente pregunta quién es ese chico, se produce un breve silencio.

Qué simpático ese chico. ¿Qué fue de él?

¿Qué fue de él?

Qué pregunta.

La pregunta del millón, la pregunta obsesiva, la pregunta de todas las madres, la única pregunta quizás.

¿Qué fue de él?

¿Cómo terminó, qué hizo, cómo lo trató la vida?

No lo tenemos claro. No es mi hermano ni un primo. No lo volvimos a ver. Pero está en esa foto, es parte de nuestra intimidad, y ahí está, Esteban, bronceado, alegre, riéndose, no posando para la foto, contento, aunque tal vez levemente tímido, como intentando taparse la cara.

¿Y qué respondemos, qué respondo?

Que terminó mal. Que el verano del 69 no duró para siempre. Que ya no tenemos esas caras, esos dientes, esos cuerpos, ese color. Digo que Esteban huyó lejos del Valle, de Encino, del sur de California y que se fue a San Francisco, pero tampoco eso me consta.

Nada de esto me consta.

Solo me consta una cosa: que murió. Murió antes de tiempo, murió mal, murió solo (invento mío) y no volvió a sonreír así.

Quizás todo esto es mentira. Cosas que uno capta en reuniones a las que uno asiste, donde va gente que fue amiga de tus padres treinta años atrás e intenta recordar y al hacerlo, inventa. ¿Te acuerdas de los Rivadeneira? ¿De la Vickie Cabezón? ¿De los Baldwin? Sí, nunca superaron la muerte de Esteban. ¿Quién lo hubiera imaginado?

Una cosa sí es cierta: yo sigo contando cuentos y aunque no lo discutimos mucho, sé que mi hermana, que también tiene muchos cuentos que contar, los escucha.



ARENAS MOVEDIZAS

MARCOS GIRALT TORRENTE

Desde hace dos años trabajo fuera de casa, en un local donde guardo los cuadros de mi padre muerto. El espacio es escaso y la mesa plegable, para poder retirarla en el caso de que necesite sacar uno de los lienzos, pero lo prefiero porque me mantiene a salvo de interrupciones. No así del recuerdo de mi padre, que es omnipresente. En los días malos maldigo el rastro físico que dejan los pintores y me congratulo, rencoroso, del mío, más liviano que legaré a mi hijo; en los buenos, al final de cada frase me acecha la culpa por no haber conseguido la exposición retrospectiva que, creo, él se merecería.

Eso me sucede ahora, en diciembre de 2013. También me sucede que la felicidad más grande que experimento me la proporciona mi hijo de cuatro años, y sin embargo no hay un solo momento en que, si lo pienso, no me aterrorice su futuro y sienta un difuso remordimiento por haberlo traído a este mundo que se me antoja peor que aquel en el que nací.

La alegría es la hermana inseparable de la tristeza, el optimismo no se concibe sin su compañero, el pesimismo, y la esperanza se conjuga a la par que la desesperanza. Nacemos, morimos, y entre medias suceden montones de cosas extrañas que no son fáciles de clasificar porque enseguida algo nuevo viene a contradecirlas.

Crecí en un entorno repleto de artistas. Los amigos de mis padres eran pintores, escritores, directores de cine..., y mi infancia fue la de un niño tímido que se sentía más cómodo con los adultos que con sus compañeros de colegio. Esos adultos me alababan, decían de mí que era inteligente, y mi madre me lo repetía con orgullo, pero yo sentía la farsa escondida en sus halagos, pues lo cierto es que no abría la boca. En consecuencia, me ejercité en el silencio.

Tener tantos escritores al alcance me libró de tener que luchar para defender mi vocación, pero no fue imitarlos lo que me hizo escritor, sino los sentimientos encontrados, la duda, las arenas movedizas en la cotidianidad... Prefería escuchar, observar, y simplemente acabé por darme cuenta —la lectura era ya mi anclaje más sólido— de que la escritura fija la deriva fugaz del pensamiento y solo mediante ella es posible imponer un orden espectral a la realidad: tramar historias donde todo cabe, reconciliar lo diverso, explicar lo inexplicable...



TOMÁS GONZÁLEZ

El destino de cada ser humano, a mi modo de ver, se manifiesta en el fluir de la infinidad de momentos de su vida, que son complicados siempre, pues cada momento recibe todo el peso del destino total de la persona. Un ser humano simplemente es y ese ser no es idéntico a lo que en algún momento ese individuo pueda pensar que es. Tal vez sea por eso que, por más que lo busco, no logro encontrar en mi vida un momento crucial que haya decidido mi destino de escritor. Más que algún evento particular, fue el ambiente de libros y lecturas que se vivía en mi casa durante mi infancia y adolescencia lo que me llevó a dedicarme a escribir.



ULISES, MI ABUELO Y YO

ALMUDENA GRANDES

El primer hombre de mi vida se llamó Manolo Grandes y era mi abuelo.

Era, además, el único adulto al que le interesaba mi opinión, el único que me consideraba una niña valiosa aunque fuera gorda, y peluda, y nunca hiciera de angelito en la función de Navidad. Era mi cómplice, mi compañero, mi valedor, y lo nuestro una historia de amor tan verdadera que cuando hice la primera comunión, le pedí lo que más deseaba, lo que menos me convenía. Quizás por eso no quiso regalarme un tutú de bailarina de azul celeste.

Aquel día, mi abuelo volvió a regalarme un libro. Su elección me decepcionó y él se dio cuenta, pero era tan sabio que sonrió como si presintiera que desde el instante en que lo abriera, nunca conseguiría volver a cerrarlo.

Los libros capaces de cambiarnos la vida siempre se leen en primera persona del plural. Ese fenómeno se apoderó de mí mientras naufragaba junto con Ulises, una y otra vez, a lo largo de aquella versión en prosa, para niños, de la *Odisea* de Homero. Porque yo navegué en aquellos barcos, yo conocí a Nausícaa, yo sorteé a Escila, y a Caribdis, y le dije a Polifemo que mi nombre era Nadie antes de dejarle ciego. Yo escapé de las garras de Circe para desembarcar en Ítaca todas las veces que leí una historia que ya era la mía.

En el banquete que ofrece a los pretendientes al final del libro, al conceder a un mendigo barbudo el derecho a probar suerte con el arco del rey Ulises, Penélope le cambió la vida a, al menos, dos mujeres. La primera, ella misma. La segunda, yo porque sentí que, al vengarse, Ulises me vengaba de todos los naufragios que pudiera llegar a padecer en mi vida.

Nunca había probado una emoción tan intensa. Nunca había sido tanto yo, siéndolo menos. Nunca me había sentido tan poderosa. Leyendo la *Odisea*, decidí que quería escribir, y esa es quizás la más importante de todas las cosas buenas que le debo a mi abuelo.



EL DÍA DEL TERREMOTO

JOUMANA HADDAD

“**I**n principio erat verbum”: En el principio había *una* palabra. Una palabra en un poema. Una palabra en un poema en el aula de clases en una terrible ciudad llamada Beirut. El poema era del surrealista francés Paul Éluard y al oírlo por primera vez, la niña sentada en el extremo izquierdo de la primera fila junto a la vidriera protegida por sacos de arena —para resguardar a los estudiantes de francotiradores y esquivarlas—, pensaba que de pronto un terremoto había sacudido el país.

*Sobre mis cuadernos de clases
sobre mi pupitre y sobre los árboles
sobre la arena y la nieve
escribo tu nombre*

La voz de la maestra era dulce como de costumbre, pero resonaba como un trueno. La niña miró a su alrededor: ninguna parte del techo se había desprendido, sillas y pupitres estaban en su sitio, los libros en las estanterías seguían en perfecto orden, y sus compañeras de clase parecían tranquilas, atentas. No hubo terremoto. Al menos no afuera.

*Sobre el cristal de las sorpresas
sobre labios que aguardan
por encima del silencio
escribo tu nombre*

Difícilmente podía percatarse de que su corazón latía en su pecho como un perro rabioso, y que la sangre subía a sus mejillas sonrojadas: nada importaba; nada existía fuera del mágico torrente de luz y esperanza que emanaba desde la laringe de la maestra Norma hacia la vida de la niña.

*Sobre mis refugios destruidos
sobre mis faros abatidos
sobre los muros de mi hastío
escribo tu nombre*

Eso era lo que ella quería, más de eso, una infinita cantidad de eso; recibir eso, y darlo también. Al menos, intentar.

*Por el poder de la palabra
rehago mi vida*

¿Quién ha dicho que el proceso de fecundación no puede determinarse con exactitud, hasta el instante más preciso? Ese mismo instante la niña Joumana supo que sería escritora.

En el principio había una palabra; una palabra que salvó a una niña de la asfixia; una palabra que la salvó entera; la misma palabra que le enseñó a soñar y a gritar, en su corazón y en el papel; la misma palabra que ahora está tatuada en caracteres árabes sobre el brazo derecho de la mujer en que se ha convertido; la misma palabra que la ayuda a levantarse cada vez que tropieza y cae de rodillas; la misma palabra que estará esperando justo al final del viaje, luminosa como algo que jamás se termina de descubrir. Porque como Éluard, y mucha otra gente del mundo árabe y sobre la faz de la tierra, esa niña es un ser humano que había “*Nacido para conocerte / y para nombrarte: / Libertad.*”



YURI HERRERA

Desde que aprendí a hacerlo, leer y escribir fueron fuente de placer para mí, no una obligación o una tarea. En mi casa los libros eran objeto de deseo, algo de lo que se hablaba con gozo, que se compartía, que se recomendaba. Desde muy chico empecé a escribir cuentos, frecuentemente de terror, ya fuera en la escuela o en mi casa. No lo veía como una profesión, sino como un rincón del mundo en el que hacía lo que se me pegaba la gana. Seguiré escribiendo mientras siga sintiendo esa libertad que descubrí con las primeras letras.



A. M. HOMES

La primera clave para llegar a ser una escritora era tener un carné de biblioteca, y para conseguirlo tenía que ser capaz de firmar —con letra cursiva—. A pesar de lo pequeña que era, quería desesperadamente mi propio carné de biblioteca. Escasamente podía agarrar un lápiz cuando le pedí a mi madre que me enseñara a escribir Amy Homes en cursiva. La firma me quedó como si fuera una sola palabra —amyhomes—, con una especie de cola adornándola al final. Tenía quizá cuatro o cinco años, y una vez por semana íbamos a la biblioteca. Allí me dejaban por mi cuenta en la sección infantil, y yo encontraba diez o quince libros para mí. Eran fantásticos, hermosos, esperanzadores, llenos de imaginación y curiosidad, cualidades que todos admiramos, pero que rápidamente nos arrebatan en el colegio. Eran los clásicos: entre mis favoritos estaban *Flat Stanley* (que en una época estuvo prohibido), *Lylo el cocodrilo*, *Se venden gorras*, *Arándanos para Sal*, *Madeline* y *las 12 niñas pequeñas en dos líneas rectas*.

Los libros me llevaron a mundos muy diferentes del mío, a lugares que no conocía, Nueva York, París, ¡la Luna! De allí pasé a las biografías: historias de grandes hombres y mujeres viviendo sus vidas, inventándose a sí mismos y superando la adversidad, y, para mí, ellos eran lecciones de vida, modelos a seguir, la educación que uno necesitaba para llegar a ser una persona. Y lo que en retrospectiva se siente como un abrir y cerrar de ojos, en realidad debió haber transcurrido por un par de años —aún necesitaba el permiso de mis padres para poder alquilar libros de la sección de adultos—. La biblioteca estaba dividida en dos mitades distintas: la sección infantil y la de adultos, separadas por un cuarto de referencias hecho en vidrio, parecido a los cuartos de entrevistas de las cárceles. La lectura de adultos tenía algunos significados en mi mente juvenil. El primero se relacionaba directamente con la piscina comunitaria, en la que cada hora, cuando daba el minuto 45, comenzaba la SESIÓN DE ADULTOS. Tras el sonido de un silbato, los niños teníamos que salir de la piscina para que los adultos pudieran entrar. Por lo general, estos adultos eran personas mayores, de piernas delgadas, con cuerpos deformes, gente frágil que debía nadar con precaución y lentitud, y sin el temor de que alguien les fuera a saltar encima.

Durante estos quince minutos, los niños podían embadurnarse con protector solar, hacer fila en la tienda y, por lo general, fastidiar a cualquier adulto que no estuviera en el agua. Pero “adulto” también significaba algo más, algo que parecía ilusorio e incomprensible y relacionado con el sexo. Por lo que a mí respecta, cada libro en la sección adulta era vagamente sobre sexo. Y si no era explícita entonces lo era abiertamente, pues si no trataban sobre sexo trataban sobre violencia, falta de sexo o falta de amor. La biblioteca, tanto benigna como inmutable, estaba por encima de cualquier debate. Era la autoridad moral: en una biblioteca nunca hay nada negativo ni tensionante. Es donde se reúne una comunidad, es un lugar de aprendizaje, un lugar de descubrimiento... y sin ella yo no sería nada. Y así como en otras ciudades y países he visitado los museos de arte para orientarme, para encontrar refugio y tranquilidad, también visito bibliotecas buscando lo mismo. Alrededor del mundo, de ciudad en ciudad, las bibliotecas están llenas del resonar de la curiosidad, el deseo de la sabiduría y de una conexión profunda con el lugar, la historia y la evolución de la humanidad.



HANIF KUREISHI

Una vez, en París, donde yo estaba pasando una temporada, fui a un restaurante con uno de los hermanos mayores de mi padre. Era uno de mis tíos preferidos, famoso por sus juergas pero también por su carácter violento. Después de un par de tragos le admití que había venido a París para escribir, para aprender a ser escritor. Me sometió a una andanada furiosa. ¿Quién te crees que eres —dijo—, Balzac? Eres un tonto, continuó, y tu padre es un tonto también, por darte ánimos. Es pretencioso, idiota. Afortunadamente, yo era demasiado joven para que algo así me descorazonara; sabía cómo cuidar de mis propias ilusiones. Pero sí me sorprendió entender lo que mi padre había tenido que soportar por parte de su familia. Uno no podía aspirar a algo más, no se podía soñar demasiado salvajemente.

Fragmento tomado de *Algo dado: reflexiones sobre el arte de escribir*, escogido por el autor para esta publicación.



JEAN-MARIE LE CLÉZIO

La guerra fue para mí el momento determinante para ser escritor. Cuando tenía seis o siete años, en la ciudad de Niza, donde las calles todavía estaban bloqueadas por barricadas y los techos de las casas todavía estaban cubiertos de lona de camuflaje y el puerto todavía paralizado por las carcacas de los barcos hundidos en bombardeos, reinaba cierta angustia. Recuerdo haber dibujado con una tiza, sobre una pizarra, el paisaje que veía por la ventana de la casa en la que vivíamos con mi madre y mi abuela materna: palmeras, mástiles de barcos que surgían del mar y una inmensa grúa encargada de la reconstrucción. Todavía no sabía leer pero sabía escribir. Para satisfacer esa necesidad, mi abuela me regaló unas cartillas de racionamiento usadas y un gran lápiz bicolor de carpintero, azul de un lado, rojo del otro. Fue con ese lápiz y en uno de esos carnés que escribí mi primer poema, en el que hablaba de una campiña que no veía, de mujeres que recogían las espigas de trigo y de niños que jugaban. No guardé ese poema. Tal vez intercambiaron esas hojas por sacos de harina o raciones de tabaco (mi abuelo era un fumador empedernido). Pero recuerdo mi felicidad cuando mi abuela leyó en voz alta las palabras que había escrito, como si fueran los destellos de un sueño en mi vida de niño temeroso y furtivo, como todos los niños en tiempos de guerra.



RETRATO DEL ARTISTA
JOVEN

ANTÓNIO LOBO ANTUNES

Nunca olvidaré el comienzo de mi carrera literaria. Fue súbito, instantáneo, fulminante. Iba yo en el tranvía hacia Benfica, tras otra instructiva tarde en el Liceo Camoes, especie de campo de concentración aterrador e inútil, cuando, a la altura de Calhariz, una evidencia sorprendente me cegó: voy a ser escritor. Yo tenía doce años, preparaba una carrera de genio en hockey sobre patines, dudaba en ser el Hombre Araña o Flash Gordon, me inclinaba por el Hombre Araña porque saltaba edificios y repentinamente el llamado, la vocación, la certeza de un destino sin ninguna relación con mis proyectos, mis sueños, mis distracciones de músculos y bastonazos. Pero el camino de Damasco es el camino de Damasco y uno se topa con San Pablo no por gusto sino por obediencia. Y, por obediencia, antes de volver a casa fui a la tienda del Careca a comprar un cuaderno de papel grueso de treinta y cinco líneas, subí a mi cuarto, me senté en la mesa y me adentré de sopetón en la inmortalidad con una docena de cuartetos. Al día siguiente expulsé unos sonetos. [...] Durante veinte años trabajé a diario mis deyecciones, perplejo y angustiado, con la misma insatisfacción de ahora y alguna rara alegría que, releendo en frío, me parecía inadecuada y cretina. Comencé a afeitarme. Acabé unos estudios que nunca me interesaron. Fui a la guerra. Volví de la guerra. Pasé nueve años escribiendo una novela impresentable. Y de repente, sin entender bien el por qué y el cómo, un feto cualquiera dio una voltereta en mi barriga y comencé *Memoria de elefante*, *En el culo del mundo*, *Conocimiento del infierno* y algunos otros libros más, hasta este que comencé en julio pasado. Pero esta última parte de mi aprendizaje no tiene gran interés. Quien me agrada es el otro, el de los cuartetos, el de las odas patrióticas, el cliente de la tienda del Careca [...]. Espero que él aún exista dentro de mí con su inocencia, sus certidumbres y su necesidad inquebrantable, sacrificando las alegrías del Hombre Araña a su destino de / creía él / escritor, o sea un pesado agarrado al bolígrafo, incapaz de saltar un edificio por más pequeño que este sea, convencido, con la espalda torcida, de haber descubierto el misterio de los seres y de la vida y sin ninguna capacidad para Flash Gordon, es decir, viajar de planeta en planeta con una mandíbula de jugador de rugby, blindado, a costa de una eficaz estrechez, contra las laberínticas complejidades del alma.

Fragmento tomado de *Segundo Livro de Crónicas*, escogido por el autor para esta publicación.



JORGE MANRIQUE Y YO

JAIME MANRIQUE

Tendría unos doce años cuando escribí mi primer texto (que no me atrevo a llamarlo una poesía). Si mal no recuerdo, comenzaba así: “La niebla llega, la noche viene / a lo lejos se escucha un leve rumor”. Esos versos no son un comienzo muy auspicioso para ningún poeta; sin embargo, una vez que había creado algo que no existía antes de que me sentara ese día a la máquina de escribir, la obsesión de convertirme en escritor fue como un virus feroz que me invadió el cerebro, y se quedó allí para siempre.

Tuvo que haber sido en el colegio en Barranquilla (tal vez en el quinto año de primaria) cuando en la clase de castellano leí por primera vez un fragmento de *Coplas por la muerte de su padre*, del poeta medieval español Jorge Manrique. Entonces comprendí por qué mis maestros (entre risitas burlonas) con frecuencia me llamaban Jorge. No creo haber leído el poema completo inmediatamente, mas la obsesión de Manrique con la muerte me sacudió con una fuerza hasta ese momento desconocida. Para un muchacho deprimido, y alienado, como yo, que vivía en el seno de una familia y una sociedad donde me sentía incomprendido (ya sabía que era homosexual, pero apenas empezaba a aceptarlo), descubrir que compartía el mismo apellido con un poeta cuyos versos parecían haber sido escritos para describir mi forma de ver el mundo fue todo el aliciente que necesitaba para decidir que aún si Jorge Manrique y yo no estábamos ligados directamente por la misma sangre, me unía a él, irrevocablemente, la misma visión trágica de la vida.

De ahí en adelante, la escritura se convirtió en mi único destino posible.



IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN

El sueño de dedicarme a escribir novelas lo empecé a tener en mis primeros años en la universidad. Pero no supe que era escritor hasta después de ganar un premio con mi primera novela. Era el premio Casino de Mieres. El secretario del jurado, el escritor asturiano Víctor Alperi, me mandaba cartas certificadas informándome de diversos detalles sobre la publicación del libro. En el sobre, al lado del nombre del destinatario, siempre ponía la palabra “escritor”. El cartero que me traía las cartas a casa lo leía con ligero retintín: “Ignacio Martínez de Pisón, escritor”. Yo era entonces muy joven y tenía la sensación de que la palabra me venía grande, como un traje heredado de un familiar más corpulento. Pero un día el mismo cartero me trajo el paquete con los primeros ejemplares y descubrí que, milagrosamente, el traje se había adaptado a mi talla. Sí, ahora sí que podía decir sin sonrojarme que era un escritor: esos ejemplares estaban ahí para confirmarlo. A partir de ese momento podía ir a cualquier editorial y presentarme como lo que ya era y lo sería para siempre, un escritor.



PRIMERAS LETRAS

GUADALUPE NETTEL

Mi infancia, como la de muchos niños que nacen con un problema físico, fue una lucha constante. Tenía que someterme a numerosos tratamientos para desarrollar mi escasa visión. Entre ellos, llevar un parche en el ojo izquierdo. El colegio era, en tales circunstancias, un lugar muy inhóspito. Veía poco, pero lo suficiente para saber cómo manejarme dentro de aquel laberinto de pasillos, bardas y jardines. El problema no era el espacio, sino los demás niños. Ellos y yo sabíamos que entre nosotros había varias diferencias y nos segregábamos mutuamente. Por lo demás, el programa de enseñanza era igual al de mis compañeros de escuela y fue así como, alrededor de los cuatro años, descubrí una puerta de escape: la lectura. Para aprender a leer, se me permitía desprenderme el parche. Muy pronto me di cuenta de que esa no era la única ventaja. Los libros ofrecían la posibilidad de huir a otras regiones, a otras historias, a los problemas de otros niños y a sus propios combates.

El paso a la escritura se hizo naturalmente. En mis cuadernos, apuntaba historias donde los protagonistas eran mis compañeros de clase que paseaban por países remotos donde les sucedían toda clase de calamidades. Aquellos relatos eran mi oportunidad de venganza y no podía desperdiciarla. La maestra no tardó en darse cuenta y, movida por una extraña solidaridad, decidió organizar una tertulia literaria. No acepté leer en público sin antes asegurarme de que algún adulto se quedaría a mi lado esa tarde hasta que mis padres vinieran a buscarme, pues el linchamiento era una posibilidad más que probable. Sin embargo, las cosas ocurrieron de forma distinta a como yo esperaba: al terminar la lectura de un relato en el que seis compañeritos morían trágicamente mientras intentaban escapar de una pirámide egipcia, los niños de mi salón aplaudieron emocionados. Quienes habían protagonizado la historia se aproximaron satisfechos a felicitarme y quienes no, me suplicaron que los hiciera partícipes del próximo cuento. Así fue como adquirí un lugar particular dentro de la escuela. No había dejado de ser marginal, pero esa marginalidad dejó de ser opresiva.



MI PADRE, EL PILOTO

JOYCE CAROL OATES

Mi primer viaje en avión fue en un Piper Cub amarillo intenso, en algún año de la década de los 40. Mi padre joven y aventurero, Frederic Oates, era el piloto. Yo debía tener unos diez años.

Él no había luchado en la Segunda Guerra Mundial. Había sido eximido por trabajar en Harrison Radiator, compañía de Lockport, Nueva York, que fabricaba vehículos de defensa militar. Luego de la guerra, los aviones del Gobierno pasaron a manos de privados, y los hombres como mi padre comenzaron a tomar clases de aviación.

Cómo y por qué tomó clases de aviación en el aeródromo Lee en la calle Transit al norte de Buffalo, Nueva York, es algo que ignoro. No teníamos mucho dinero. Para que el dinero alcanzara, mi padre no solo trabajaba en Harrison sino que a menudo pintaba avisos para negocios del barrio. Aun así había sido capaz de pagarse unas clases de aviación y había conseguido la licencia de piloto, que le permitió volar no solo avionetas como la Piper Cub y la Cessna, sino también, después, un avión más grande, de ala doble, llamado Waco, y otro incluso más grande, llamado Fairchild PT-19. (Ahora sé que el PT-19 era un avión de entrenamiento, y no un bombardero real como decían los amigos de mi padre).

Mi primera vez en un Piper Cub sería una de los grandes recuerdos de mi vida: estar vestida con casco, gafas protectoras y un paracaídas (sin saber cómo usarlo); el hangar y la pista y otros aviones más grandes alrededor estacionados en fila sobre la grama; estar en el avión luego de que me montaran, me sentaran y me abrocharan el cinturón de seguridad; la hélice del Piper Cub dando vueltas manualmente hasta que comenzaba a girar; el avión llevándonos por la pista llena de baches, levantándonos de repente en el aire, virando y subiendo aún más, por encima de una fila de árboles, sobre el campo abierto. ¡Extraordinario!

También me parecía sorprendente que mi padre se hubiera sentado detrás mío en la cabina. Ahí estaba yo, de repente, en la “silla delantera” —de cara al parabrisas— sin tener cómo hablar con él. Debía estar en un estado de asombro suspendido, aunque no creo que sintiera te-

mor. Como todo niño de diez años, confiaba plenamente en mi padre. (Ahora me pregunto qué debía estar pensando mi madre, que observaba desde la pista: ¿también ella confiaba por completo en él?, ¿no sería esta una confianza errada?, ¿mi padre ha debido, con su licencia de piloto recién estrenada, llevarse consigo a su hija de diez años? La vida era temeraria y atrevida en ese entonces, una época que, sin duda, parece remota comparada con la de ahora, más cautelosa y con adultos que se la pasan sobreprotegiendo a sus hijos. Después de todo, aquellos eran tiempos en que aún no se conocían los cinturones de seguridad de los carros).

Mi recuerdo más vívido de ese primer viaje es el de los campos abriéndose debajo del avión, la hélice giratoria desdibujándose, la prisa del viento y el avión que temblaba y vibraba como si fuera un caballo salvaje. En una avioneta, uno está muy consciente del viento. Uno está muy consciente del cielo. Debajo, cada detalle parece agudizado. De repente uno tiene una perspectiva completamente nueva y, en cierto modo, alarmante: se está mirando abajo desde lo alto. Parece una especie de milagro ver los techos de casas y establos, no tan lejos, allí abajo, mientras uno los sobrevuela.

Todos los pilotos de avionetas siempre se dirigen a su hogar, para sobrevolar sus casas y sus propiedades. Mi padre no fue la excepción, y en un viaje relámpago de solo unos minutos ya estaba a no más de tres millas de distancia. Como a muchos pilotos de avionetas, a Papá le encantaba “timbrar” en la casa de amigos y familiares.

Lo más sobrecogedor era el aterrizaje. Era casi demasiado emocionante —un estremecimiento en el hueco del estómago— cuando mi padre circunvolaba el aeródromo y empezaba a descender. Rápidamente la trompa del avión apuntaba varios grados hacia abajo, y las llantas golpeaban la pista, rebotando, chocando, hasta que rodaban de vuelta al hangar en una suerte de triunfo.

Con el tiempo, mi padre me montaría en otros aviones más grandes, ninguno de los cuales fue tan especial para mí como el Piper Cub. Ningún otro vuelo llegó a ser tan emocionante como ese primer vuelo. Aunque mi padre nunca pudo darse el lujo de tener su propio avión, durante años fue un viajero ávido, hasta llegar casi a los 70, cuando al fin, con remordimiento, abandonó la aviación —pues en la vida de un piloto no hay nada como estar en una cabina, en control de los instrumentos—. (Por más de veinte años, y con frecuencia, mis padres nos visitaron a mi esposo Raymond Smith y a mí en Princeton, luego de volar de Buffalo a Neward, y estos vuelos comerciales también eran

excitantes para mi padre. Papá nunca dejó de reparar en la calidad del aterrizaje, que para él era la prueba de un piloto hábil. A veces lograba hablar con el piloto y felicitarlo por su “buen aterrizaje”).

Cada vez que vuelo, que es frecuente, y más que todo en vuelos de larga distancia a la Costa Este o a Europa, siento una punzada de nostalgia por lo que se ha ido de mi vida: el viejo romance de volar en aviones, con papá de piloto. Cierro mis ojos y nos veo de nuevo, en el Piper Cub amarillo intenso levantándose por los aires, sacudido por el viento pero continuando con valentía su elevación hacia el horizonte mismo.



RAZONES PARA ESCRIBIR

JULIO PAREDES

En realidad no recuerdo por qué ni cómo decidí dedicarme a escribir ficción. Nunca he experimentado la sensación de un llamado, de una tarea inaplazable, de tener, como los escogidos, un destino dictado para guiar a lectores anónimos. Las iluminaciones y las epifanías poéticas han sido desconocidas para mí, tanto como la pretensión de un éxito sostenido y creciente en mi porvenir literario.

La verdad, hay algo en mi relación con la escritura que no he resuelto ni comprendido del todo; se trata de un contacto emocional que sigue manteniéndose en una especie de niebla donde me muevo casi siempre en la imprecisión. Así, no he avanzado —ni avanzo aún— en el “territorio narrativo” con la soltura redactora de un avezado profesional, alguien que controla sin temor, sin temblores en la mano, la retórica, las imágenes, las metáforas, pues las palabras y sus combinaciones siempre incontables poseen un misterio que no alcanzo a develar en su totalidad.

Así, no es una sorpresa que hasta hace relativamente poco, después de varios libros escritos y publicados, empezara a comprender por fin algunas claves elementales del oficio y que antes realizaba de manera un tanto involuntaria o, mejor, con la seguridad y la pretensión falsas de quien se ve amo incuestionable de sus dominios. Entender, por ejemplo, que el estilo, la voz propia, no tiene nada que ver con unas pretendidas cualidades innatas, ni mucho menos con la fuerza de la personalidad, sino con un cuidadoso ejercicio de improvisación a medida que se avanza de una frase a la otra, acompañado simultáneamente de una atención controlada, atenta a descubrir cómo se debe narrar eso que lo atropella a uno.

Y ahora pienso que una posible respuesta a “por qué” escribo venga de esta comprensión en apariencia tardía, pues me ha ayudado a entender también que gran parte de la maravilla y del misterio de mi práctica diaria narrativa, constante día y noche, sucede fuera de la escritura concreta, la del consabido trazo sobre un papel en blanco, para sostenerse, más bien y como un sueño sin término, sobre una lenta y prolongada planeación mental que puede tomar días y días antes de llevarme a escribir la primera línea, o el segundo párrafo, o las frases finales de una historia.



EDMUNDO PAZ SOLDÁN

A los diez años, en quinto básico del colegio Don Bosco en Cochabamba, el profesor Urbano Mérida creó, los viernes, una hora de lectura. Tenía muchísimos libros en un armario empotrado en la pared, y al principio de la hora lo abría y nos dejaba escoger el que queríamos. Lo que hacíamos en esa hora era solo leer, a veces en silencio y otras no tanto, porque había compañeros a los que no les interesaba esa actividad e, impacientes, se ponían a tirarse papelitos y a contarse chistes en voz baja. Fue en esa clase de lectura que descubrí que me gustaba leer. Mis padres me recuerdan leyendo desde que era muy chico, pero sobre todo revistas y periódicos. Con el profesor Urbano comencé a leer libros, y me enamoré de la experiencia. Recuerdo que descubrí a Emilio Salgari y me puse a leer todos los libros que encontré de él; los del pirata Morgan eran mis favoritos. De hecho, Morgan fue el primer personaje literario que me fascinó. Yo quería ser el pirata Morgan. Poco después fui a ver una película basada en sus aventuras, y no era lo mismo: prefería las novelas. También descubrí las novelas de Julio Verne y los cuentos de Conan Doyle. Y leí *Moby Dick*, aunque debo decir que era la versión corta, aquella para un público juvenil que se concentra en la caza de la ballena y se salta todas esas gloriosas páginas en las que Melville va acumulando significados sobre *Moby Dick* hasta convertirla en un símbolo del infinito. Ese fue un año de gloria. Nunca volví a ser el mismo. Hasta hoy persigo la estela del placer que me deparaba esa hora de lectura los viernes antes de irme a casa. Esa entrega gozosa, arrobada, es el parámetro a partir del cual descubro la pasión (o falta de) que me depara un libro.



¿HAY UN COMIENZO?

RICARDO PIGLIA

Empecé a escribir un diario a fines de 1957 y todavía lo sigo escribiendo. Muchas cosas cambiaron desde entonces, pero me mantengo fiel a esa manía. Por supuesto, no hay nada más ridículo que la pretensión de registrar la propia vida. Uno se convierte automáticamente en un *clown*. Sin embargo, estoy convencido de que si no hubiera empezado una tarde a escribirlo jamás habría escrito otra cosa. Publiqué algunos libros —y publicaré quizás algunos más— solo para justificar esa escritura. Todo lo que soy está ahí pero no hay más que palabras. Cambios en mi letra manuscrita. A veces, cuando lo releo, me cuesta reconocer lo que he vivido. Hay episodios narrados ahí que he olvidado por completo. Existen en el diario pero no en mis recuerdos. Y a la vez ciertos hechos que permanecen en mi memoria con la nitidez de una fotografía están ausentes como si nunca los hubiera vivido. Tengo la extraña sensación de haber vivido dos vidas. La que está escrita en los cuadernos y la que está fija en mis recuerdos. Son figuras, escenas, fragmentos de diálogos, restos perdidos que renacen cada vez. Nunca coinciden o coinciden en acontecimientos mínimos que se disuelven en la maraña de los días.

Al principio las cosas fueron difíciles. No tenía nada que contar, mi vida era absolutamente trivial. Me gustan mucho los primeros años de mi diario justamente porque allí lucho con el vacío. No pasaba nada, nunca pasa nada en realidad pero en aquel tiempo me preocupaba. Era muy ingenuo, estaba todo el tiempo buscando aventuras extraordinarias. Entonces empecé a robarle la experiencia a la gente conocida, las historias que yo me imaginaba que vivían cuando no estaban conmigo. Escribía muy bien en esa época, dicho sea de paso, mucho mejor que ahora. Tenía una convicción absoluta y el estilo no es otra cosa que la convicción absoluta de tener un estilo.



EL PRIMER LIBRO

SOLEDAD PUÉRTOLAS

Siempre que entrábamos en la Librería Gómez, situada en los soportales de la Plaza del Castillo, en busca de novelas de la colección de Escélicer, que consumíamos con adicción en los largos días del verano en Pamplona, yo me acercaba a la estantería donde se guardaba un libro que me atraía de forma irresistible y me juraba que algún día sería mío. Estaba escrito en francés y llevaba por título *La guirlande des années*. Era un libro grande —no enorme, pero grande—, encuadernado en un papel que imitaba al pergamino, y tenía ilustraciones. Quedaba cerrado, además, al atarse los pequeños cordones de cuero rojo que estaban pegados a las tapas.

¿Qué era lo que me atraía tanto de ese libro? Aunque estudiábamos francés en el colegio, yo no lo dominaba, y tampoco conocía en aquel momento la obra de los autores de los cuatro relatos que componían el libro, Primavera, Verano, Otoño e Invierno. André Gide, Jules Romains, Colette y François Mauriac eran escritores, sin duda, notables, pero perfectamente desconocidos para mí.

De forma que no fue por ellos ni tampoco enteramente por el texto, que no podía comprender del todo, por lo que finalmente me lo compré —fue el primer libro que me compré en mi vida, porque los libros de Escélicer los compraban mi hermana y mis primas mayores—, pidiendo dinero prestado a todos los miembros de mi familia para añadirlo a los exiguos ahorros que había podido reunir a lo largo del verano.

¿Sería por las ilustraciones? Eran reproducciones de miniaturas del siglo XV, de colores vivos, con escenas de la vida cotidiana alusiva a las cuatro estaciones. Había una ilustración para cada mes del año, además de otras cuyos títulos también sugieren ese discurrir del tiempo: *El triunfo del amor*, *La recogida de manzanas y peras*, *La vendimia*, *La caza*, *Las bolas de nieve*. Pero tengo la impresión, hojeando ahora el libro, de que tampoco en las ilustraciones, estrictamente, residía el motivo de la irresistible atracción que me causaba el libro.

Revivo la emoción de mis manos rodeando el libro, y sé perfectamente por qué me lo compré, por qué necesité llevármelo a casa y saber que era mío, exclusivamente mío.

En aquel libro se guardaba el tiempo, sus ritmos, sus ritos, sus transformaciones, los deberes, los placeres, las alegrías, algo de dolor también, decadencias, luchas, remansos. En el tipo de letra, tan grande, en que estaban impresos los relatos, que leía sin entenderlos del todo, cabían todas esas sensaciones. En esas palabras no siempre descifrables se expresaban todos los enigmas. Todo estaba ordenado dentro del libro, todo parecía plácido y en su sitio. En ese libro se contenía lo que la literatura me podía dar.

El discurrir de la vida, el discurrir del tiempo, el discurrir de las palabras que abarcaban el discurrir de la vida.

Durante años, *La guirlande des années* fue para mí como un talismán. Ni siquiera necesitaba abrir el libro. Sabía lo que se encerraba en él, el caótico mundo ordenado por las palabras. Dentro del libro, el tiempo, radiante, vibrante, prometedor, se eternizaba.



LOS DÍAS DE SOL

PABLO RAMOS

A mi abuelo Ramón Ramos le decíamos Pocho. Mi abuelo era cantor de tangos. Cantaba en clubes porteños de barrio de jueves a sábados por la noche, y el resto de los días era colectivo, o chofer de corta distancia, como a él le gustaba llamarse. En el colectivo también cantaba, a capela, y la gente, que ya lo conocía, le pedía sus tangos preferidos. Cuando mi abuelo enfermó y se fue haciendo un poco más grande, perdió su licencia de conducir, al tiempo perdió casi toda la voz de cantor. O sea, podía hablar, medio ronco, pero no podía cantar en el registro que a él le gustaba y que lo llenaba de orgullo. Mi abuelo entró en una profunda depresión.

Fue para ese entonces que llegó al barrio el circo de un primo de mi mamá, la hija de Pocho. Y él trabajó con ellos, hizo de mesero, de payaso, de vendedor de pochoclos y muchas cosas más. Volvió a vivir, la gente lo hacía volver a vivir. Y al irse el circo el primo de mi mamá le regaló el CARRITO DE LOS POCHOCLOS.

Desde ese día mi abuelo vendió pochoclos de jueves a domingo en la plaza del barrio.

Una tarde en la cual yo volvía de dos o tres días de alcohol, y un poco endurecido de drogas, un día de garúa y terrible viento que parecía se iba a llevar todo, lo veo por la ventanilla del colectivo, intentando encender el fuego de la hornalla del carrito, en la plaza. Me compongo, bajo y se da este diálogo:

— ¿Qué hacés, Pocho?

— Pochoclo.

— ¿Estás loco? ¿Un día como hoy? Si no va a venir ni un pibe a la plaza.

— El hombre del pochoclo hace pochoclo —me dijo mi abuelo y yo me callé y me dediqué a ceparle unos mates.

Un año después se moría, yo lo iba a visitar con mi novia Lula y tras haberse despedido de todos pide quedarse solo conmigo y se da este diálogo:

— ¿Y? —me dice—. ¿Entendiste lo que te dije aquella vez, en la plaza?

— Sí —le contesté.

— A ver.

Cerraba justo los ojos para siempre cuando alcancé a murmurar: Los días de sol, pochoclo hace cualquiera.



LA PUERTA

MARÍA CRISTINA RESTREPO

Era una tarde de domingo, silenciosa, llena de sol. Los adultos, reunidos en la terraza al otro lado de la casa, miraban hacia el río bordeado de cañas altas, sobre las cuales volaban bandadas de torcazas. Sus voces llegaban apagadas al jardín, donde me encontraba sin nada que hacer. En el patio de la cocina, mis hermanos menores se divertían con algún juego que a mis escasos siete años consideraba exageradamente infantil.

No sé qué impulso me llevaría hasta mi habitación en busca de la cartilla de lectura que aprendíamos a usar en el colegio. El año escolar había comenzado hacía poco y ya recitábamos el alfabeto, distinguíamos consonantes y vocales, nos anticipábamos al placer de leer hojeando las ilustraciones a color cuya historia podríamos desentrañar más adelante.

Con la cartilla en la mano regresé al jardín y me senté debajo de un árbol de hojas acartonadas y grandes frutos exóticos que el abuelo, después de mucho especular sobre quién habría podido llevar la semilla hasta allí, aseguraba que provenía de la India. Abrí la cartilla y comencé a repasar las letras. Al cabo de un rato me aventuré a juntar una con otra, hasta leer varias sílabas. Luego hice lo mismo con algunas palabras cortas, cargadas de significado. Cansada de repasarlas, me aventuré a leer una pequeña frase, uniendo una sílaba con la vecina hasta apresar una palabra, hacer lo mismo con la siguiente, con la de más adelante. No recuerdo cuál sería esa primera frase, pero sí el deslumbramiento que acompañó al milagro.

Ya sabía, por las lecturas en voz alta de los mayores, que los libros tenían la capacidad de llevarme a vivir en otros lugares, a viajar por el tiempo y el espacio, a tener muchas vidas, a desentrañar algo nuevo cada vez. Esa tarde se abrió la puerta al mundo de las ideas, del conocimiento, de la belleza inagotable. De la sabia compañía que representan los libros.



RODRIGO REY ROSA

Léa por segunda vez “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” una tarde hace treinta y tantos años en la sala de la casa de mis padres. En la portada del libro —*Ficciones* de Borges— estaba el dibujo de una cabeza humana, el cráneo seccionado por un corte horizontal. Suspendidas dentro del cuenco craneal estaban unas figuras geométricas —un cubo, y dentro del cubo, una esfera (seccionada como el cráneo) y dentro de la esfera una estructura piramidal, y dentro, otra esfera—. Supongo que eso atrajo al estudiante de medicina con vagas aspiraciones a neurobiólogo que era yo en 1979, el que compró el libro la víspera en una pequeña librería en un sótano en el centro de la ciudad de Guatemala. A medio relato dejé de leer, me volví hacia los ventanales y me quedé mirando las copas de los árboles doradas a medias por el sol más allá del balcón con una mezcla de vértigo y felicidad. Acababa de hacer un descubrimiento definitivo acerca de mí mismo: quería ser escritor.



JUGAR A HACER DE CUENTA

YOLANDA REYES

La primera vez que recuerdo estar pensando en las palabras —es decir, sintiendo cómo cantaban las palabras— fue al lado de mi abuela. Ella solía contarme esas historias acumulativas que todos conocemos: historias que hablaban del Ratón Pérez *que se cayó en la olla y la Cucarachita lo siente y lo llora y que el pajarito se cortó el piquito y que la paloma se cortó la cola...* Y mientras su voz repetía las mismas letanías, yo descubría que las palabras se encadenaban para contar historias sobre la vida y el amor y la muerte... y todo lo que había en la mitad. Pero no sé si fueron las historias o, más bien, el descubrimiento de aquel curioso mecanismo que ella dominaba para ir ensartando, como si fueran las cuentas de un collar, una palabra al lado de la otra y de la otra... y para hacerlas sonar de otra manera, como si, de repente, mi abuela hablara una lengua extranjera dentro de la misma lengua: una lengua que solo ella y yo sabíamos descifrar y que podía dar cuenta de cosas extrañas e indecibles, con ese curioso mecanismo de ir ensartando una palabra al lado de la otra y de la otra.

Y, al lado de esa música, recuerdo las largas tardes de mi infancia *jugando a hacer de cuenta*: “Digábamos que yo tenía otro nombre y que este palo era el caballo, y que allá quedaba el campo y que yo me iba galopando”... Y recuerdo ese placer de estar haciendo voces diferentes, preguntando y contestando, y ese placer —secreto y un poco vergonzante— de ser tantas personas a la vez: cada una con algo que yo habría querido ser, o que jamás me habría atrevido a ser.

Por eso, quizás, cuando empecé a crecer y ya no era bien visto jugar a hacer de cuenta, necesité escribir, para seguir hablando sola: para llegar corriendo a casa, después de largas travesías, a cumplir citas con gente que no existe.



ERA OTRA ERA

CRISTINA RIVERA GARZA

Todo empezaba así: se checaban las llantas, el aceite, la posición de los espejos. Se lavaba el coche. Mi madre preparaba alimentos sanos —sándwiches con pan de centeno, agua fresca, alguna botella de vino— y los colocaba en una hielera. Ahí, cerca, iban los manteles, las servilletas. Cada quien ocupaba su lugar. Ah, el aroma de la gasolina. El ronroneo del motor. La carretera, abierta.

Era otra era.

Habría que señalar que, en las fotos de esa era, todas ellas teñidas de esos tonos pastel que tan bien distinguen los productos Kodak de entonces, el hombre y la mujer que eran mis padres aparecen, sobre todo, como un hombre y una mujer. Un cigarrillo en la boca: ella. Una pipa: él. A veces los dos juntos, en alguna fiesta. A veces con la tía aquella que acababa de regresar de la China y traía noticias de Fidel. A veces con el hawaiano que, a través de matrimonio, se convirtió en tío y trajo noticias de otros imperios. El pelo largo. Las camisas de flores. A veces con el gringo ese que era hippie y, además, mi tío que, siendo blanco, se volvió chicano y disparó, según consta o constaba en expedientes de la FBI, contra un ataque del KKK. Muchas veces en la playa, ahora que lo recuerdo. O en las orillas de los ríos. Un hombre. Una mujer. La pregunta en los ojos siempre: ¿Dónde está el otro lugar?

Así nos volvimos nómadas.

Mirar por una ventanilla siempre tiene consecuencias: uno sabe, sin lugar a dudas, que el paisaje se va. Nada es sólido. Nada permanente. No hay contexto. Lo que se queda atrás, con el paso del tiempo, queda, incluso, más atrás. No vale la pena ver por el espejo retrovisor. Ni alargar el brazo. Ni llorar. Todo se escapa.

Mirar por una ventanilla es desear. Y desear es morderse los labios. Cerrar los ojos. Abrirlos otra vez. En lugar de. La escritura llegó así: en lugar de quedarse, en lugar de amarrarse, en lugar de vivir.

Era otra era.



EN TREN AL POEMA

JUAN MANUEL ROCA

Imaginación, mi niño.

RENÉ CHAR

No sé si esto que señalaré detonó mi posterior vocación de escritor, pero cuando lo recuerdo creo que esa insatisfacción con la realidad a lo mejor pudo señalarme, para bien y para mal, el camino a la escritura.

Siendo un niño, cuando vivía en Medellín, algunas pocas pero memorables veces viajé en tren con mi parentela hasta Cisneros, un pueblo caluroso al que regresé años después en mi febril adolescencia para comprobar que seguía oliendo a rebanadas de piña y alquitrán.

Cuando ocasionalmente volvía a pasar en bus frente a la estación del ferrocarril en el corazón del viejo barrio Guayaquil, en cercanía de la plaza de mercado de El Pedrero, yo imaginaba que esa era una gran casona donde ocurrían paisajes.

Pensaba que uno entraba a esa bella estación como se entraba en un cine y entonces empezaban a ocurrir puentes, charcos, caballos, nubes, humo, pastizales, platanares, fondas, postes de telégrafo y hasta otros trenes ruidosos y fugaces.

Creer que ese bello edificio ferroviario en vez de una “estación del tren” era “una casa donde ocurrían paisajes”, pudo haber sido la primera y vieja manía que desde entonces me acompaña: no llamar las cosas por su nombre para buscarle más patas al gato, algo que quizá sea un recurso natural parecido a la poesía.

Si lo pienso bien, esta manía no tiene nada que ver con el duende que visitaba a menudo a Federico García Lorca o con un demonio como el que auxilió a Alloysius Bertrandt o con un ángel consueta como el que acompañaba a Rilke. Lo mío es más prosaico: es como tener una especie de musa estrábica que de vez en cuando me invita a mirar de reojo lo que llamamos pomposamente “la realidad”.

La verdad, mi ya envejecida infancia aún no se baja de ese furgón del tren. Yo quisiera que tampoco lo hiciera lo que me quede de imaginación.



UNA ELECCIÓN DE VIDA

EVELIO ROSERO

La invitación a la lectura (que es lo mismo que decir a la escritura) no nació nunca del colegio. Fue el azar: tenía nueve años, en Pasto, y descubrí que había una biblioteca en casa, y un libro que empecé a leer, por azar: el *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe; acaso su carátula de un barco deshaciéndose en las olas me atrapó. Pero había un balcón, en la casa, que daba al parque infantil. Era una tarde espléndida, y en el parque jugaban mis amigos, mis primos: me vieron. Allí estaban Toño, el Muñeco, Augusto Erazo y Jaime Guzmán. Me saludaron con la mano, me invitaron a jugar. De inmediato abandoné el balcón y, al pasar por la biblioteca, el libro seguía allí, en la mesa, abierto: Robinson Crusoe en pleno naufragio. Yo había ido al balcón a respirar, a imaginar en silencio el naufragio, el primer naufragio que me encontraba leyendo, el de Robinson Crusoe. Me senté a la mesa y seguí leyendo, y después escribiendo, y olvidé el parque y los amigos y la tarde espléndida, y así ha sido siempre y todavía no sé si para bien o para mal.



LA LITERATURA COMO ILUMINACIÓN

LUIZ RUFFATO

Mi primer libro cayó en mis manos por casualidad. Hijo de un vendedor de crispetas semianalfabeto y de una lavandera de ropa analfabeta, ambos oriundos del campo, en casa nunca tuve acceso a la lectura. Estudiaba en un colegio de noche y en el día trabajaba para ayudar a mantener el hogar: a la edad de doce años ya había ejercido las profesiones de cajero de taberna y dependiente de mercería, y los fines de semana ayudaba a mi padre en el carrito de crispetas que tenía en la Plaza Santa Rita, en Cataguases, la ciudad donde nací, al interior de Minas Gerais.

Un domingo, a la salida de misa, un señor se aproximó, compró una bolsita de crispetas y le hizo la charla a mi padre. Averiguó si yo estudiaba y dónde. Tras oír la respuesta, el hombre preguntó contrariado por qué no me inscribía en el Colegio Cataguases (la mejor escuela pública de la ciudad, donde estaban los hijos de las familias ricas). Mi padre le explicó que allí nunca había conseguido cupo, a lo que el profesor —ahora debidamente presentado— refutó que hacía poco había asumido la rectoría del colegio y, por lo tanto, garantizaría mi matrícula para el año siguiente.

Y en febrero de 1973 allá estaba yo, con uniforme nuevo, cursando séptimo grado en la jornada de la mañana. Tímido, fuera de lugar, vivía arrastrándome por las paredes del colegio con la esperanza de volverme invisible —definitivamente no lograba integrarme con los demás niños—. Hasta que busqué refugio en un lugar poco frecuentado: la biblioteca. La bibliotecaria, que siempre me veía allí, decidió prestarme un libro* y comprendió que mi mudez asustada —provocada por mi retraimiento— era una señal de voluntad. Para agradecerle, me llevé el volumen a casa y lo leí...

La historia transcurría a muchos grados bajo cero, los nombres de los personajes me eran impronunciabiles, y trataba sobre la masacre de doscientos mil judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Yo vivía en una ciudad cuya temperatura promedio anual permanece alrededor de los veinticinco grados centígrados, nunca había viajado más allá de un radio de doscientos

*Muchos y muchos años después, recordé que el libro se llamaba *Babi Yar*, de Anatoly Kuznetsov (1929-1979), escritor ucraniano durante la era soviética.

cincuenta kilómetros, y las muertes violentas en la región eran tan escasas que adquirirían un carácter mítico. Es decir, todo lo extraño en la historia estaba dispuesto para que causara un rechazo profundo en mí. Aún así, esa lectura... abrió el Mar Rojo de la ignorancia para dar paso a mis inquietudes... Al terminar la última página, supe que jamás sería el mismo...



LA SOLUCIÓN

CAROLINA SANÍN

Hay un papel marcado en la esquina superior derecha con la fecha “marzo/79”. En la izquierda tiene pegada una calcomanía con el dibujo de un niño y una niña que, vestidos con andrajos y entre flores, leen juntos un libro. Entre la fecha y la escena está escrito con tinta marrón, en líneas descendentes: *un Día feliPe y clauDia estaban llellendo un libro en el jardín ese libro era mui triste feliPe le Dijo que te Pasa mi querida ermanita es Mejor que nos ballamos a casa lla alla te lo cuentare la maMa le dijo que te susebe y ella No le dijo Nada la mama le Pregunto a FeliPe tu sabes que le Pasa a clauDia y el dijo No se No me a DicHo NaDa me dijo que en la casa me contaba Pero No Me a contaDo la maMa le dijo Claudia no Hyores Dimelo osi No No poDre solusioNar esto clauDia le conto todo y la MoMá dijo ese problema No se puede solusionaR y asi termina el cuento.*

Escribí el papel poco antes de cumplir seis años. Quería buscar qué pasaba en la calcomanía que me habían regalado; quise meter el tiempo en el cuadro, o meter el cuadro en mi vida. Encontré el papel este año, poco antes de cumplir cuarenta, cuando ayudaba a mi madre —la autora de la fecha— a mudarse de casa. Leo esa primera historia que escribí —la de una lectura que inspiraba un diálogo— para darme la noticia de que el tiempo no pasa: sigo escribiendo la pregunta por el problema que no se puede solucionar.

Entre el papel y su lectura han cambiado la ortografía y la puntuación. El aprendizaje de mi lengua ha sido cuanto ha sucedido; ha sido mi vida. En el inicio del aprendizaje, como se lee, coincidieron el descubrimiento de la soledad y la conciencia de la curiosidad. Para que no termine el cuento —quizás en busca de la solución— describo en pretérito perfecto la vida que se preguntó *¿qué te sucede?* en presente cuando era una vida futura.



5, 10, 15

RICARDO SILVA ROMERO

Desde que tuve uso de razón, desde que empecé a darme cuenta, por ejemplo, de que los años pasaban para mal y para bien (y el próximo mundial de fútbol se haría en Colombia, pero solo hasta 1986), he sido esta persona que tienen enfrente. Todavía no era miope. Seguía teniendo pelo. Todo me daba más miedo. Pero ya disimulaba el mundo que llevaba por dentro para no poner incómodos a los demás, ya sospechaba seriamente que todos, excepto yo, estaban muy locos, y ya sabía extrañar mi casa apenas ponía los dos pies afuera. Habría que decir que me convertí todavía más en lo que soy apenas cumplí los diez años: que entonces pensé que, para articular mi extrañeza y no enloquecerme yo también, para traer algo de vuelta desde mi feliz encierro, tendría que dedicarme a presentarles allá afuera lo que se me ocurriera acá adentro.

Fue así. Yo me comunicaba con chistes pero sobre todo con fútbol. Y en el colegio era —pregunten por ahí si no me creen— el que mandaba el balón de mi curso: el líder admirado y temido. Pero, en un revés de fortuna de obra de Shakespeare para niños, un yago y un bruto me sacaron del equipo que yo mismo capitaneaba, impusieron una dictadura en el salón unos días antes de que comenzara el torneo más importante de la infancia y luego me obligaron a buscar nuevos compañeros. Ya contaré la historia con detalles: que baste con saber, por lo pronto, que entonces armé un nuevo equipo de renegados que a punta de amor propio fue el campeón de ese año. Y que después de eso no solo preferí dar con amigos que conseguir aliados, sino que fui descubriendo que me sentía menos incómodo poniendo en escena lo de adentro que gobernando lo de afuera.

Cinco años después, a los quince, me puse a escribirle “a quien corresponda” porque seguir jugando era imposible: esta persona que tienen enfrente se encierra a escribir de su nostalgia por el mundo.



ENTRE LOS LIBROS Y LA LUNA

MARTÍN SOLARES

A los libros llegué a través de los dibujos y la Luna. Empecé por los cómics y cuando creí que ya conocía suficientes palabras para leer algo sin ilustraciones pedí un libro hecho exclusivamente de palabras. Mi madre me mostró unas novelas de Julio Verne. Solo por primera vez ante las palabras, elegí *De la tierra a la luna*, porque a la Luna sí la conocía y no sabía quiénes eran los hijos del capitán Grant. Fue como si me hubieran regalado un telescopio que apuntara hacia un mundo secreto y, por la magia de las palabras, esos seres revivían su historia ante mí. O mejor dicho: me permitían vivirla con ellos. Cuando salí de mi cuarto tenía ganas de hablar de los personajes como si fueran más reales que los vecinos y de la novela de Verne como si yo mismo hubiese vivido en la Luna. Ese verano conocí al capitán Nemo y a Miguel Strogoff, a Phileas Fogg y a un trío de seres muy cursis que buscaban observar el rayo verde por motivos diversos mas ninguno lo ve. Seguí con Emilio Salgari, algo de Stevenson y de Alejandro Dumas padre y todo lo que pude hallar de Mark Twain —me enamoré de Becky Thatcher, por supuesto—, y en una distracción memorable entendí que nos habían dejado leer la *Iliada*, así que la exploré de un tirón: por primera vez tuve que leer junto a un diccionario y descubrí cuánto ayudan esos instrumentos a ver con mayor claridad. Desde entonces cada vez que las cosas se vuelven meros dibujitos sin gracia o borradores grotescos corro a una biblioteca o a una librería. Estoy convencido de que todos deberíamos empezar por leer algo de Julio Verne o de Italo Calvino —*El barón rampante* o *Las cosmicómicas*, por poner un par de ejemplos. En todo caso, algo que nos eleve un poco y nos permita elegir entre la Tierra y la Luna, entre la vida de todos los días o la otra, donde se vive mejor.



MARIO VARGAS LLOSA

Aprendí a leer cuando tenía cinco años —en 1941, pues— en mi primer año de primaria del Colegio de La Salle. Mis compañeros de clase tenían un año más que yo, pero mi mamá se empeñó en matricularme porque mis travesuras la volvían loca. Nuestro profesor era el hermano Justiniano, delgadito, angelical y con la cabeza blanca casi rapada. Nos hacía cantar las letras, uno por uno, y luego, cogidos de las manos, en rondas, deletrear, identificar las sílabas en cada palabra, reproducirlas y memorizarlas. De los coloreados silabarios con animalitos pasamos al librito de historia sagrada y por fin a las historietas, los poemas y los cuentos. Estoy seguro de que en esas navidades de 1941 el Niño Dios depositó en mi cama una pila de libros de aventuras, de Pinocho a Caperucita Roja, del Mago de Oz a la Cenicienta, de Blanca Nieves a Mandrake el Mago.

[...] En todo caso, las ficciones de mi niñez boliviana son para mí reminiscencias todavía más cálidas que las de los seres de carne y hueso de esos años. La prueba de la memoria es decisiva. Aunque los recuerdos de mis amigos y mis travesuras de Cochabamba son muy vivos, lo son todavía mucho más los de los países y personajes de la ilusión literaria, que aún centellean en mis recuerdos.

[...] No hay duda de que mi vocación de escritor se empezó a gestar allí, en esa casa de Ladislao Cabrera, a la sombra de esas lecturas y como una derivación natural de la hipnótica felicidad en que me sumían las peripecias que los libros me permitían vivir, protagonizar, gracias a esa exaltante taumaturgia: leer. Esa vida no era la misma vida de La Salle, mis amigos, la familia y Cochabamba, pero, aunque fuese impalpable, no era menos real, es decir, menos sentida, gozada o sufrida que la otra. Y era, además, mucho más diversa e intensa que aquella, conformada por las rutinas de cada día. El poder trasladarme, mediante la simple concentración en las letras de un libro, a los abismos marinos, a la estratosfera, al África, Inglaterra, Bélgica o los mares de Malasia, y del siglo XX retroceder en el tiempo a la Francia de Richelieu y Mazarino, y, con cada personaje de la ficción, cambiar de piel, de cara,

de nombre, de oficio, de amores, de destino, encarnar de este modo a tantas personas distintas sin dejar de ser yo mismo, fue un milagro que revolucionó mi vida y la imantó desde entonces a los maleficios de la ficción. Nunca me cansaría de repetir esa magia, con la fascinación y el entusiasmo de mis primeros años, hasta convertirla en el quehacer central de mi existencia.

Fragmento tomado del artículo *Semilla de los sueños*, escogido por el autor para esta publicación.



LO NO FAMILIAR

ENRIQUE VILA-MATAS

En la memoria del adulto no hay ya nada de sus antiguos recuerdos infantiles, pues estos han sido en realidad sustituidos por transferencias y por sueños. Aún así contaré un recuerdo de infancia.

En 1951, los domingos por la tarde, las familias de veraneantes de Sant Andreu de Llavaneres, pueblo cercano a Barcelona, iban al cine. Fue en un domingo y en ese pueblo donde vi la primera película de mi vida, un western. No recuerdo ni título ni argumento, pero sí que no tenía yo más de cuatro años y en la pantalla se veía, al principio de la película, la vida cotidiana de una feliz familia de granjeros: una madre cariñosa, un padre honrado y un niño de mi edad.

De pronto, la normalidad quedó brutalmente alterada en el film por la aparición de unos extraños, unos indios *cheyennes*, que llevaban las caras pintadas y plumas en la cabeza y que se comunicaban entre ellos con palabras incomprensibles, agitando de un modo inquietante, en claro signo de hostilidad contra la pobre y pacífica familia de bondadosos blancos.

Aquella primera impresión de extrañeza se me clavó en la mente el resto del día y también el resto de la noche —la pasé desvelado, llorando a ráfagas—, aunque a la mañana siguiente lo había todo misteriosamente olvidado para siempre. Pero el miedo a los extraños —a todos aquellos que hablaran un lenguaje distinto del familiar— debió de quedárseme para siempre en las entrañas. Porque aquel primer terror surgió sin duda del descubrimiento de lo disímil, de lo *diferente*.

Tardé una infinidad de años en enterarme de que no era tan extraña esa lengua en la que hablaban (a fin de cuentas, era el algonquino) y que el nombre de *cheyenne* provenía de *sha hi'yena*, tampoco algo tan raro, porque precisamente significaba “el pueblo de lengua extranjera”

De esto último me enteré en el bar del hotel Algonquin, un lugar muy divertido de Nueva York. Me lo dijo una mujer que, además, me explicó que el miedo ha favorecido más el conocimiento general del ser humano que el amor, pues el miedo —me dijo— quiere adivinar quién es el otro, qué es lo que puede, qué es lo que quiere.

—Y equivocarse en eso —añadió— solo puede reportarnos un peligro y una desventaja.



UNA ENCICLOPEDIA MEDIEVAL

JORGE VOLPI

Con esa mezcla de inocencia, arrojo y simple estupidez que caracteriza a la adolescencia, a los catorce decidí que consagraría mi vida a escribir una gran enciclopedia sobre la Edad Media. Que jamás hubiese escrito nada antes, que por razones obvias en México no hubiese traza alguna de ese periodo histórico o que jamás hubiese viajado a Europa no me parecieron entonces sino inconvenientes menores. ¿Por qué la Edad Media? Aventuro algunas pedestres respuestas: porque mi padre, de remoto origen italiano, siempre nos hizo sentirnos extraños en nuestra patria; porque un vago sentimiento de origen católico me indicaba que allí estaba la verdadera cuna de la civilización; porque nada disfruté tanto en la infancia como construir castillos y disfrazarme de cruzado; porque mi mayor gozo era leer de cabo a rabo los volúmenes de la enciclopedia que mi padre atesoraba en su librero; y, también, porque tenía un magnífico profesor de Historia: un anciano hermano marista, puntilloso y atildado, que parecía un monje venido directamente de Cister o Cluny. A lo que hay que añadir que yo era un joven introvertido, estudioso y bien portado: por desgracia, en esa época no se habían puesto de moda los nerds —un término que ni siquiera estaba en uso— gracias a programas como *Big Bang Theory*. En cualquier caso, desde los trece me había dedicado a leer todos los libros de historia sobre la Edad Media que caían en mis manos, así como toda la literatura de la época. Obras como *El libro de buen amor*, *El laberinto de fortuna*, el *Digenís Akritas* bizantino, los cantares de Roland o de los Nibelungos, Chaucer, Boccaccio y Dante —a quienes no leía por ser grandes escritores, sino por ser medievales—. Y así, un buen día decidí trazar el índice de mi futuro opus mágnum: volumen 1 sobre las postrimerías del Imperio Romano, volumen 2 sobre las invasiones bárbaras, volumen 3 sobre el Imperio Romano de Oriente, etc. Y no solo eso: a lo largo de las siguientes semanas me atreví a escribir el prólogo. El prólogo a mi imposible Enciclopedia de la Edad Media en 27 volúmenes coleccionables. Sin darme cuenta, esas páginas fueron mi primer acercamiento a la ficción.



ALEJANDRO ZAMBRA

La primera vez que vi un computador fue en 1980, a los cuatro o cinco años, pero no es un recuerdo puro, probablemente lo mezclo con visitas posteriores al trabajo de mi padre, en la calle Agustinas. Recuerdo a mi padre con el cigarro eterno en la mano derecha y sus ojos negros fijos en los míos mientras me explicaba el funcionamiento de esas máquinas enormes. Esperaba una reacción maravillada y yo fingía interés, pero apenas podía me iba a jugar al escritorio de Loreto, una secretaria de melena y labios delgados que nunca se acordaba de mi nombre.

La máquina eléctrica de Loreto me parecía prodigiosa, con su pequeña pantalla donde las palabras se acumulaban hasta que una ráfaga intensa las clavaba en el papel. Era un mecanismo quizás similar al de un computador, pero no pensaba en eso. De todos modos me gustaba más la otra máquina, una Olivetti convencional de color negro, que conocía bien, porque en casa había una igual. Mi madre había estudiado programación, pero más temprano que tarde se había olvidado de los computadores, y prefería esa tecnología menor, que seguía siendo actual, porque estaba todavía muy lejos la masificación de los computadores.

Mi madre no escribía a máquina por algún trabajo remunerado: lo que transcribía eran las canciones, los cuentos y poemas que escribía mi abuela, que siempre andaba postulando a algún concurso o empujando el proyecto que por fin la sacaría del anonimato. Recuerdo a mi madre trabajando en la mesa del comedor, insertando cuidadosamente el papel calco, aplicando con esmero el tipex cuando se equivocaba. Tecleaba siempre muy rápido, con todos los dedos, sin mirar el teclado.

Quizás puedo decirlo de esta manera: mi padre era un computador y mi madre una máquina de escribir.



EL PRIMER ESCRITOR

SLAVKO ZUPCIC

Luis Augusto Núñez era el poeta más temido de la Valencia de mi infancia. Solo en dos ocasiones mis ojos vieron su figura tambaleante, pero fueron muchas más, muchísimas más, las veces en que mis oídos escucharon noticias de su vida desaforada. Borracho de noche y de día. Todo a su alrededor tenía un aspecto terrible, siniestro. Que si una vez obligó a su esposa a lanzarse desnuda en el río Cabrales. Que en otra arruinó la fiesta de los quince años de su hija Kira. Que cuando se retrasaban en el pago de la asignación que recibía del gobierno regional maldecía a viva voz frente al despacho del gobernador y que, en una ocasión, por la misma razón y seguramente gracias a su pasión escatológica, llegó incluso a defecar allí, en la propia puerta del gubernamental despacho.

Ninguna de esas cosas pasaban por mi mente aquel día de mis siete años en que caminaba acompañado de mi madre por las calles del centro de la ciudad y tropezamos con un hombre canoso, de pantalón gris y sin camisa, aunque sí con una minerva de yeso que le cubría el tórax y aprisionaba uno de sus brazos.

—Qué tetotas—, dijo al ver a mi madre y se llevó a la boca la botella de aguardiente que sostenía en su mano útil.

Mi madre y yo huimos hacia la Plaza Bolívar. Mientras corría, ella me advirtió que eso, simplemente eso, era Luis Augusto Núñez.

La segunda ocasión fue menos procaz pero igual de aterradora. Había muerto, asesinada por su sobrino, una poetisa local, Margot Ramírez Travieso, y Luis Augusto, absolutamente sobrio, de traje impecable, fue el encargado de pronunciar la oración fúnebre.

Fue su canto de cisne, a los diez días él también murió y desde entonces en Valencia solo lo recuerdo yo que, sin saber por qué, desde el día de mis siete años en que lo escuché alabando el pecho de mi madre quise ser también un escritor.

Esta edición de *Un solo momento*
se acabó de imprimir en los talleres de Carvajal,
en Bogotá, el 25 de enero de 2014. Se imprimieron
4000 ejemplares, para repartir de manera gratuita
entre los lectores del Hay Festival
de Cartagena, Colombia.

